## LITERROTURA LATINA



## BACHILLERATO

Realizado por:

Miguel Ángel Benjumea Pulido
Profesor de Griego del I.E.S.
"Isidro de Arcenegui y Carmona"
(Marchena - Sevilla)
Eurso 24/25
http://departamentogriego.isidrodearceneguiycarmona.es
C.E.: departamentogriego@hotmail.com

# Índice

	Página
I CARACTERÍSTICAS DE LOS GÉNEROS:	5
1° Comedia (Plauto -254 / -184):  2° Oratoria ( Cicerón -107 / -43):  3° Historiografía (Julio César -100 / -44; Salustio, Tito Livio, Tácito):  4° Épica (Virgilio -70 / -19; Lucano):  5° Lírica (Catulo -85 / -55; Horacio, Ovidio):	5 6 7 8 9
II TEXTOS PARA COMENTAR:	11
I Textos de la Comedia:  I.1 Plauto: Pseudolus	11 11
II Textos de la Oratoria:  II.1 Cicerón: Catilinarias  II.1 In Catilinam I.1-5 (invectiva contra Catilina)	37 37 37
III Textos de la Historiografía:  III.1 César: Guerra de las Galias:  III.1.1 De bello Gallico I.1 (descripción de la Galia):  III.2 Salustio: Conjuración de Catilina:	39 39 39 39
III.2.1 Bellum Catilinae I.5 (retrato de Catilina):  III.3 Tito Livio: Historia de Roma desde su fundación:  III.3.1 Ab urbe condita I.4 (Rómulo y Remo):  III.3.2 Ab urbe condita I.9 (rapto de las Sabinas):  III.3.3 Ab urbe condita XXI.1-4 (preámbulo a la Segunda Guerra Púnica; retrato de Aníbal):	39 39 39 40 40
III.4.1 - Tácito: Anales:  III.4.1 Annales I.1-2 (historia resumida de Roma; Augusto, primer emperador):	42 42
IV Textos de la Épica:  IV.1 Virgilio: Eneida:  IV.1.1 Eneida II.1-57, 199-267 (caída de Troya y actuación de Laocoonte):  IV.1.2 Eneida VI.678-795 (Eneas se encuentra con Anquises en el Elíseo):  IV.1.3 Eneida XII.888-952 (desenlace del combate entre Turno y Eneas):  IV.2 Lucano: Farsalia:  IV.2.1 Farsalia I.1-55 (temática de la guerra civil y elogio de Nerón):	43 43 43 45 47 48 48
V Textos de la Lírica:  V.1 Catulo: <i>Poesías</i>	51 51
V.1.1 Carmina 2, 5, 8, 51, 83, 85 y 87 (Catulo y Lesbia)  V.2 Horacio: Carmina  V.2.1 Carmina I.11 (tópico del carpe diem)  V.2.1 Carmina II.14 (tópico del tempus fugit)  V.2.1 Epodes 2 (tópico del beatus ille)	51 52 52 52 52 52
V.3 Ovidio: Carmina  V.3.1 Amores I.3 (promesa de fidelidad eterna, servitium amoris)  V.3.2 Metamorfosis I.452-567 (Apolo y Dafne)	54 54 54

#### I.- COMEDIA:

### I.1.- Características generales:

- \* Uso de la *contaminatio*, que consistía en basarse en una obra griega, pero mezclar argumentos, personajes de otras obras o de nueva invención.
  - \* Carece de coro.
- \* Se ubica la acción en una ciudad griega, los personajes son griegos, pero las costumbres, los ritos son romanos.
  - \* Los personajes son estereotipados (pero ejemplos de la vida romana):
- \* El esclavo (servus): es realmente el protagonista de la obra: astuto, ingenioso, lioso, ayudante de su joven amo.
- \* El joven (*adulescens*): es un joven alocado, ocioso y enamorado perdío, que necesita conseguir a su amada.
  - \* El viejo (senex): es un viejo gruñón, atontado, que siempre acaba engañado, mujeriego.
- \* El lenón (*leno*): es el proxeneta, el que tiene en su poder a la muchacha enamorada del joven y al que hay que pagar para liberar a la muchacha.
- \* El soldado (miles): es el que está apalabrado a la muchacha, orgulloso, vanidoso, pero más bien cobarde e inútil.
- \* La madre de familia (uxor, matrona): suele estar a favor de la relación del hijo con la muchacha, gruñona y pegona.
- \* Personajes secundarios: parásito, cocinero, amigos, banqueros, putas, alcahuetas, etc. son personajes de relleno.
- \* La joven (*virgo, puella, meretrix*): no suele tener papel hablado. Es la muchacha de la que está enamorado el joven. Suele estar apalabrada a alguien o ser una prostituta (sin haber ejercido aún). A veces acaba revelándose que es una muchacha de origen libre y noble, raptada de niña.
  - \* Uso del lenguaje de la calle, con doble sentido, rápido y ágil.
  - \* Uso de apartes.
  - \* Construcción de la escena como gags o sketches.

#### II.- ORATORIA:

### II.1.- Características generales:

#### II.1.1.- Escuelas de retórica:

- 1. Escuela **neoática**: su modelo es el estilo de los oradores de la época clásica de Atenas, de oratoria espontánea, carente de artificio y de excesivos adornos y en la que se da más importancia al contenido que a la forma.
- 2. Escuela **asiática**: su modelo es el estilo de los oradores de las ciudades de Asia Menor. Se caracteriza por su tono brillante, exuberante y florido, exageración, inventiva, numerosas figuras estilísticas; los argumentos se guían por la imaginación más que por la lógica.
  - 3. Escuela rodia: de la isla de Rodas: proponía un estilo próximo al asianismo aunque más moderado.

#### II.1.2.- Tipos de discurso:

- 1. Genus **laudativum**: (discurso de adorno) era usado en los discursos pronunciados en celebraciones donde no había que decidir nada. (discursos fúnebres).
- 2. Genus **deliberativum**: (discurso político) era usado para convencer al auditorio de una determinada decisión política, pronunciados en una asamblea política: el Senado, los comicios, etc.
  - 3. Genus iudiciale: (discurso forense) propio de los discursos de en los tribunales.

#### II.1.3.- Preparativos del discurso: El discurso se prepara con el siguiente orden:

- 1. Inventio: investigación y documentación sobre hechos, pruebas o argumentos para conseguir buenas ideas.
- 2. **Dispositio**: ordenación de las ideas en el discurso.
- 3. **Elocutio**: redacción del discurso: (frases y palabras adecuadas, efectos estilísticos, uso de figuras retóricas, etc).
- 4. **Memoria**: memorización del discurso para decirlo y NO leerlo, dando la impresión de un discurso nacido en ese momento.
  - 5. Actio: "puesta en escena" del discurso, con sus gestos, tonos, miradas, etc.

#### II.1.4.- Partes del discurso: Un discurso bien articulado debe contar con las siguientes partes:

- 1. Exordium: introducción del tema encaminado a atraer la atención del auditorio.
- 2. Narratio: exposición breve y clara del asunto que se va a tratar.
- 3. Confirmatio: aportación de argumentos favorables a lo que se pretende defender.
- 4. **Refutatio**: se rebaten los posibles argumentos en contra.
- 5. **Peroratio**: se hace un resumen de lo expuesto y se pretende captar de nuevo la atención del auditorio para conseguir un voto o un veredicto favorable.

#### II.2.- Características particulares:

### II.2.1.- Cicerón:

- \* Argumentación vigorosa y convincente.
- \* Recursos para impresionar y captar al auditorio desde el principio del discurso.
- \* Discursos y puesta en escena con ingenio y vehemencia.
- \* Estilo lleno de variedad, ritmo, brillantez, armonía e intensidad.
- \* Frases rítmicas con períodos simétricos y asimétricos, pero calculando perfectamente la estructura para parecer prosa versificada.

#### III.- HISTORIA:

#### **III.1.-** Características generales:

### \* Engrandecimiento de Roma por encima de la verdad:

- \* Carácter patriótico: los historiadores utilizaron la historia para justificar su supremacía sobre los demás pueblos.
- \* Compromiso político: los historiadores o están al servicio de las familias dominantes o defienden su propia actuación o critican a la nobleza o a un régimen político.
- \* Carácter moralizante. la Historia es un medio para transmitir las costumbres de los antepasados (mores maiorum).
  - \* Retoricismo formal.
  - \* Modelos griegos principales son Tucídides y Heródoto.
  - \* Estilo directo.
  - \* Caracterización psicológica.

#### III.2.- Características particulares:

#### III.2.1.- César:

- \* César actúa más como un memorialista.
- \* Carácter subjetivo, sin ornamentos literarios y breve, pero pareciendo ser un tratado de objetividad científica.
  - \* Hablar de sí mismo en 3ª persona.
  - \* Visión de los personajes como personas públicas, nunca privadas.

#### III.2.2.- Salustio:

- \* Caracterización psicológica y dramática de los personajes.
- \* Uso de la descripción de personajes.
- \* Uso de la antítesis, arcaísmos fonéticos y morfológicos.

#### III.2.3.- Tito Livio:

- \* Defiende el programa político y la ideología de Augusto, que pretendía restaurar los antiguos valores morales del pueblo romano, la *uirtus* y el *mos maiorum*.
  - \* Profundo amor a la patria, gran sentido del deber y la misión providencialista y universalista de Roma.
  - \* Cuenta la historia como si explicara una pintura.
  - \* Gran cantidad de discursos construidos sobre las reglas de la retórica.

#### III.2.4.- Tácito:

- \* Lenguaje muy sintético y de construcción breve. Huye de los periodos cuidadosamente organizados y busca la asimetría. Su expresión es muy densa.
  - \* Empleo de neologismos.
- \* No filosofa sobre el poder, el Estadola o los valores sociales; solo narra, deja que los hechos hablen por sí mismos y que el lector saque sus propias conclusiones.
- \* Pero los narra de modo que las conclusiones caigan por su propio peso, extrayendo de ellas principios de validez universal.

#### IV.- ÉPICA:

### IV.1.- Características generales:

- \* Influencia de Homero.
- \* Utilización de la historia de Roma como argumento épico.
- \* Uso de hechos históricos mezclados con aspectos legendarios.

### IV.2.- Características particulares:

### IV.2.1.- Virgilio:

- \* Imitación constante de Homero, pero dejando una huella de "romanidad".
- \* La *Historia de Roma* es repasada en varias ocasiones en forma de disgresión (en el libro I, Jupiter pasa revista la historia de Roma hasta la época de Augusto; en el libro VI Anquises revela a Eneas el destino de Roma como dominadora y civilizadora de pueblos; en la descripción de las armas, realiza una descripción de la historia de Roma.
  - \* Defiende la política de Augusto de vuelta a la costumbres y forma de vida agraria y sencilla de los antiguos.
- \* Aparecen antiguas creencias y prácticas religiosas, que estaban profundamente arraigadas en la tradición romana.
- \* Enaltece los sentimientos de piedad y religión, rasgos característicos de la antigua Roma y que Augusto intentaba impulsar.

#### IV.2.2.- Lucano:

- \* Su poema no sería épica sino historia versificada.
- \* Lucano rompe con las convenciones del género épico: 1°) renuncia a invocar a las Musas; 2°) niega lo griego para realzar lo romano; 3°) renuncia a lo mitológico; 4°) narra hechos reales y no legendarios (sus héroes son reales: César, Pompeyo y Catón).
  - \* Introduce cultura ocultista romana como sueños proféticos, escenas de nigromancia, augurios y prodigios.
- \* La idea es que el propio pueblo romano ha conducido a Roma a su situación de decadencia con la corrupción y las discordias civiles.
  - \* Obra que carece de ternura y piedad.
- \* Carácter retórico: amplificaciones, exclamaciones, interrogaciones, repetición de ideas, aliteraciones, quiasmos, etc.
  - \* Uso de frases lapidarias.
  - \* Gusto por lo macabro y truculento.

#### V.- LÍRICA:

### V.1.- Características generales:

- \* Exaltación de Roma.
- \* Es una poesíabajo modelo griego, pero recitada en vez de cantada.
- \* Busca trasmitir emociones al lector.
- \* Son composiciones breves frente a la épica.
- \* Empleo de alusiones mitológicas y personajes de la vida pública y privada del momento
- \* Poemas subjetivos, con una perspectiva individual, pero sobre temas cotidianos (amistad, amor, odio, tristza, naturaleza, etc).

### V.2.- Características particulares:

#### V.2.1.- Catulo:

- \* Poesía breve, refinada, delicada y con altas dosis de ironía.
- \* Poemas de tipo amoroso y erótico, en especial los dedicados a Lesbia. En estos poemas se expresan, por primera vez en la literatura latina, los sentimientos personales y la experiencia vital.
  - \* Poemas de ataques personales.
  - \* Poemas de Crítica literaria.

#### *V.2.2.- Horacio:*

- \* Imita a los antiguos líricos griegos del S.VII a.C. tanto en la *forma* como en su *contenido*, sobre todo a los lesbios Alceo, Safo y Anacreonte.
  - \* Utiliza el sarcasmo y la invectiva, aunque es más moderado que sus predecesores griegos.
  - \* Canta los placeres de la vida ("carpe diem"), el amor, la amistad, el disfrute de los sentidos, la naturaleza.
  - \* Canta la grandeza de Roma.
  - \* Sucesos de la vida pública romana y personales del poeta.

#### V.2.1.- Ovidio:

- \* Espíritu ligero, superficial // pero brillante, barroco.
- \* No busca la inspiración en su experiencia personal // busca la imaginación.
- \* Versos con la misma estructura // versos variados, llenos de color y entretenidos.
- \* Poeta de salón// supo agradar y brillar.
- \* Falta de genio// con talento, virtuosismo y elegancia.

#### I.- Textos de la Comedia:

#### I.1.- Plauto: Pseudolus

#### ARGUMENTO (La acción transcurre en Atenas.)

El joven Calidoro está perdidamente enamorado de la cortesana Fenicio, pero no tiene dinero. Un militar, que había comprado a la misma joven por veinte minas, entrega quince y deja a su amiga en casa del rufián, y también una copia de su sello, para que el que trajera un sello igual que aquél y pagara el resto del precio convenido, se llevara consigo a la joven. Se presenta después un sirviente del militar, que había sido enviado por éste para recoger a su amiga. Pséudolo, el esclavo del joven enamorado, engaña a Hárpax, criado del militar, haciéndose pasar por el mayordomo del rufián. Le birla el sello, y a uno que hace pasar por Hárpax le entrega cinco minas que le habían prestado. El falso Hárpax engaña al rufián. La joven queda en poder de Calidoro, y Pséudolo recibe un jarro de vino.

#### **PERSONAJES**

PSÉUDOLO, esclavo de Simón.

CALIDORO, joven, hijo de Simón.

BALIÓN, rufián.

SIMÓN, viejo.

CALIFÓN, viejo, amigo de Simón.

HÁRPAX, criado de un militar.

CARINO, joven, amigo de Calidoro.

ESCLAVOS, CORTESANAS, UN JOVEN ESCLAVO DE BALIÓN, UN COCINERO, SIMIA, sicofanta.

#### PRÓLOGO

Más vale estirar las piernas y ponerse en pie, que es muy larga la comedia de Plauto que vamos a representar.

### ACTO I ESCENA PRIMERA: PSÉUDOLO, CALIDORO

PSÉUDOLO: Si fuera posible que, sin que tú, amo, me dijeras nada, averiguara yo cuáles son las penas que te afligen de esa forma tan lastimosa, hubiera tenido el gusto de ahorrar al mismo tiempo un trabajo a dos personas, a mí el de preguntarte y a ti el de responderme; pero como veo que eso no puede ser, me veo obligado a preguntarte; contéstame: ¿cuál es el motivo por el que llevas ya tantos días con el alma en los pies, siempre con esa carta a cuestas, y la bañas con tus lágrimas sin dar cuenta a nadie de lo que llevas por dentro?. Habla, para qua sepa yo contigo lo que ahora ignoro.

CALIDORO: Soy más desgraciado que desgraciado, Pséudolo.

PSÉUDOLO: No lo permita Júpiter.

CALIDORO: Este asunto no pertenece a la jurisdicción de Júpiter; es bajo el dominio de Venus, no de Júpiter donde se me trae a mal traer.

PSÉUDOLO: ¿Puedo saber de qué se trata? Hasta lo presente no habías tenido tú nunca secretos para mí.

CALIDORO: Ahora tampoco.

PSÉUDOLO: Hazme saber lo que te pasa; te ayudaré con dinero, o con mis servicios, o con un buen consejo.

CALIDORO: Toma esta carta y entérate tú por ti mismo de cuál es la pena y cuáles son las cuitas que me consumen.

PSÉUDOLO: Se te dará gusto. Pero, oye, por favor, ¿qué es esto?

CALIDORO: ¿El qué?

PSÉUDOLO: Tengo la impresión de que estas letras quieren tener descendencia: se montan las unas encima de las otras.

CALIDORO: ¿Ya estás con tus bromas de siempre?

PSÉUDOLO: Realmente creo que, si no es la sibila quien las lee, no hay otro que pueda descifrarlas.

CALIDORO: ¿Por qué hablas de esa manera tan dura de unas letras tan lindas, escritas por tan linda mano en una carta tan linda?

PSÉUDOLO: Oye tú, ¿es que acaso tienen manos las gallinas?, porque de eso no hay duda, esta carta es una gallina quien la ha escrito.

CALIDORO: Te estás poniendo muy cargante; lee la carta o devuélvemela.

PSÉUDOLO: No, no, la leo de punta a cabo. Pon atención.

CALIDORO: Si tengo perdido el ánimo.

PSÉUDOLO: Pues cítalo, que comparezca.

CALIDORO: No, mejor yo guardaré silencio y hazle salir tú de la carta, que ahí tengo ahora puesta el alma y no

dentro del pecho.

PSÉUDOLO: (Mirando la carta.) Calidoro, estoy viendo a tu amiga.

CALIDORO: ¿Dónde está?

PSÉUDOLO: Aquí, mírala puesta en la carta (señalando el nombre de Fenicio); está echada aquí en la cera.

CALIDORO: ¡Los dioses todos te...

PSÉUDOLO: ...guarden!

CALIDORO: Como hierba de verano, así de efimera ha sido mi existencia; rápido salí a la vida y rápida ha sido

también mi muerte.

PSÉUDOLO: Calla mientras leo la carta.

CALIDORO: ¡Lee ya entonces!

PSÉUDOLO: "Fenicio saluda a su amante Calidoro por medio de esta carta, de esta cintal y de estas letras, en

espera de la salud que tú me darás, entre lágrimas y sintiendo vacilar su alma, su corazón y su

pecho".

CALIDORO: ¡Ay de mí!, ¡si no encuentro por parte ninguna salud que enviarle, Pséudolo!

PSÉUDOLO: ¿Qué salud?

CALIDORO: Monetaria.

PSÉUDOLO: Pero ¿acaso quieres enviarle un saludo metálico por uno de madera? (señalando las tablillas de la

carta) Mira bien lo que haces.

CALIDORO: Sigue leyendo, verás cómo te das cuenta entonces de la rapidez con que necesito encontrar dinero.

PSÉUDOLO: "Cariño mío, el rufián me ha vendido por veinte minas a un forastero, un militar de Macedonia, que le

ha entregado quince minas antes de marcharse; ahora, sólo restan cinco minas. Por eso ha dejado el militar aquí una contraseña, el retrato suyo de su anillo impreso en cera, para que me dejen ir con el que traiga una contraseña igual que ésta. El día fijado para la entrega es el de las próximas fiestas de

Dioniso."

CALIDORO: Eso es mañana; cerca tengo mi perdición si no es que me ayudas.

PSÉUDOLO: Deja que acabe de leer.

CALIDORO: Te dejo, porque me parece estar hablando con ella; lee, es una mezcla de dulzura y de amargor lo que

me ofreces.

PSÉUDOLO: "Ahora, nuestros amores, todo a lo que estamos hechos y acostumbrados, nuestros juegos y nuestras

bromas, las cosas que nos decimos, los dulces besos, nuestros estrechos abrazos de enamorados, los suaves mordisqueos en los blandos labios, las caricias en los henchidos pechos, todos estos placeres van a sernos arrebatados, destrozados, aniquilados a mí e igualmente a ti, si no encontramos o yo en ti o tú en mí algún medio de salvación. Yo he procurado que sepas esto tanto como yo; ahora llega el

momento de ponerte a prueba si es que amas de verdad o si no haces más que fingir".

CALIDORO: ¡Qué carta tan lastimosa, Pséudolo!

PSÉUDOLO: ¡Oh, sí, lastimosísima!

CALIDORO: ¿Por qué no lloras?

PSÉUDOLO: Mis ojos son de piedra pómez; no puedo convencerlos de que echen ni una sola lágrima.

CALIDORO: ¿Y por qué?

PSÉUDOLO: Es que nuestra familia ha sido siempre de ojos muy secos.

CALIDORO: ¿No quieres ayudarme?

PSÉUDOLO: ¿Qué es lo que puedo hacer por ti?

CALIDORO: ¡Ay!

PSÉUDOLO: ¿Ay?, con eso, Hércules, no tienes que andar ahorrando; yo te daré cuanto quieras.

CALIDORO: Soy un desgraciado, no encuentro por parte ninguna dinero a préstamo.

PSÉUDOLO: ¡Ay!

CALIDORO: Y en casa no tengo ni un céntimo.

PSÉUDOLO: ¡Ay!

CALIDORO: El militar se llevará mañana a mi amiga.

PSÉUDOLO: ¡Ay!

CALIDORO: ¿Ésa es la forma que tienes de ayudarme?

PSÉUDOLO: Yo te doy lo que tengo, que de ayes tengo conmigo un tesoro inextinguible.

CALIDORO: Hoy es el día de mi perdición. Pero ¿puedes tú prestarme una dracma y yo te la devuelvo mañana?

PSÉUDOLO: ¡Hércules! yo creo que apenas podría ni que diera en prenda toda mi persona; pero ¿qué quieres hacer con ella?

CALIDORO: Comprarme una soga.

PSÉUDOLO: ¿Para qué?

CALIDORO: Para colgarme. Estoy decidido a entregarme a la noche eterna antes de esta noche.

PSEUDOLO: ¿Y quién va entonces a devolverme la dracma si te la doy?, ¿es que quieres acaso colgarte

I.E.S. "Isidro de Arcenegui y Carmona"

precisamente para birlarme la dracma si te la presto?

CALIDORO: Yo, desde luego, si se me separa de ella y se la llevan, no puedo seguir viviendo de ninguna manera.

PSÉUDOLO: ¿Por qué lloras, tontaina? Vivirás.

CALIDORO: ¿Cómo no voy a llorar, si no tengo una sola moneda ni esperanza de encontrar un céntimo en parte

ninguna?

PSÉUDOLO: Según lo que yo deduzco de lo que dice la carta, si no le lloras al rufián con lágrimas monetarias, con

esas otras que viertes ahora no vas a conseguir ni más ni menos que echando agua en un cedazo. Pero no te apures, que yo no te abandonaré en tus amores. Tengo la firme esperanza de encontrarte una ayuda monetaria de donde sea, por buenos o malos medios; por arte de qué va a suceder no lo podría

decir, lo único que sé es que será así, que siento que me dan saltos las cejas.

CALIDORO: ¡Ojalá que los hechos respondan a tus palabras!

PSÉUDOLO: Por Hércules, Calidoro, tú ya sabes que cuando yo me pongo en campaña la clase y el tamaño de los

líos que suelo organizar.

CALIDORO: En ti tengo puestas ahora todas mis esperanzas.

PSÉUDOLO: ¿Te quedas contento si te pongo hoy a la joven en tus manos o si te entrego veinte minas?

CALIDORO: Desde luego, supuesto que vaya a ser una realidad.

PSÉUDOLO: Pídeme veinte minas, para que tengas así la seguridad de que voy a llevar a cabo mi promesa, venga,

pídemelas, Hércules, yo te lo ruego, que me muero por prometértelas.

CALIDORO: ¿Me entregarás hoy veinte minas?

PSÉUDOLO: Te las entregaré. Ahora ya no me fastidies más. Y además te digo otra cosa, no vayas a decir luego que

no te he avisado: si no encuentro otro a quien estafar, estafaré a tu padre.

CALIDORO: Los dioses te me conserven siempre. Pero si es posible, en atención a la piedad filial... si quieres,

también a mi madre.

PSÉUDOLO: Por lo que respecta a este asunto, puedes dormir tranquilo... sobre los dos ojos.

CALIDORO: ¿Los ojos?, las orejas, querrás decir.

PSÉUDOLO: Bueno, pero es que lo primero no es tan corriente.

PSÉUDOLO: (Al público.) Ahora, para que nadie pueda decir que no ha sido informado, os comunico a todos, a la

asamblea en pleno, a todo el pueblo, a todos mis amigos y conocidos, que por el día de hoy tengan

cuidado conmigo, que no me den crédito.

CALIDORO: ¡Chis, calla, Hércules, por favor!

PSÉUDOLO: ¿Qué ocurre?

CALIDORO: Ha sonado la puerta del rufián.

PSÉUDOLO: ¡Ojalá fueran los huesos de sus piernas los que hubieran sonado!

CALIDORO: Y sale él mismo en persona, el perjuro ese.

### ESCENA SEGUNDA BALIÓN, ESCLAVOS, CORTESANAS, PSÉUDOLO, CALIDORO

BALIÓN:

(A los esclavos.) ¡Afuera, afuera, haraganes, inútiles, malas piezas! Jamás se os pasa por las mientes portaros como es debido, no hay medio de servirse de vosotros como no sea de esta forma (los golpea). Yo no he visto en mi vida hombres más parecidos a los asnos, tienen las espaldas hechas un puro callo a fuerza de golpes; si los pegas, eres tú el que te haces daño; verdaderamente que no se da abasto con látigos para ellos, no tienen otra cosa en la cabeza, si se les presenta la ocasión, más que venga a arramblar con lo que sea, a robar, a quedarse con todo, a rapiñar, a beber, a comer, a darse a la fuga, esto es en realidad su oficio, de forma que preferirías poner lobos a guardar ovejas que no a éstos tu casa. Y luego, si te fijas en ellos, no tienen aspecto de malos, es con sus obras con las que te engañan. Ahora, como no atendáis a las órdenes que os voy a dar, como no desterréis de vuestro pecho y de vuestros ojos el sueño y la pereza, os voy a dejar las costillas de tantos colores que vais a dejar atrás a los bordados de las colchas de Campania y a los tapices de Alejandría con sus figuras de animales. Ya ayer había dado órdenes a todos y había distribuido a cada uno su tarea, pero es que sois malos por naturaleza de forma que obligáis a que se os recuerde vuestro deber a fuerza de latigazos; os conducís de manera que vencéis por vuestra contumacia a la correa esta y a mí; fijate, fijate, están nada más que en otras cosas ¡Atended aquí, prestad atención, escuchad lo que os digo, raza de apaleados! Os juro que jamás será más duro vuestro pellejo que esta correa que veis en mi mano (los azota): ¿qué, os duele? Ahí tenéis, así se hace con los esclavos que no hacen caso a su amo. Colocaos todos ahí frente a mí y atended bien a lo que os digo: tú, el del cántaro, trae agua y cuídate de llenar el perol del cocinero; a ti, el del hacha, te pongo al frente de los asuntos leñeros.

ESCLAVOS: Pero es que esta hacha está embotada.

BALIÓN:

Déjalo, también lo estáis vosotros a fuerza de golpes ¿y es que acaso me sirvo menos de vosotros por eso? (A otro.) A ti te doy el cargo de la limpieza de la casa; buena tarea te espera: deprisa, adentro. (A otro.) Tú, prepara los divanes, ten limpia la plata y ponla en la mesa. Encargaos de que me lo encuentre todo a punto cuando vuelva del foro, que todo esté barrido, regado, limpiado, preparado, fregado, guisado; porque hoy es el día de mi cumpleaños y vosotros todos debéis celebrarlo junto conmigo. (A un esclavo.) Pon en agua el jamón, corteza de tocino, papada y tetilla de cerdo, ¿te enteras? Quiero acoger a lo grande hoy en mi casa a personas de mucho rango, para que tengan la impresión de que nado en la abundancia. Entrad y daos prisa, que no haya que andar esperando cuando llegue el cocinero; yo me voy ahora al mercado, para comprar todo el pescado que haya al precio que sea. (Al esclavo.) Ve tú por delante, chico; hay que andarse con cuidado de que nadie le haga un agujero a la bolsa... o no, espera, por poco se me olvida decir una cosa aquí en casa; ¿me oís?, a vosotras, jóvenes, tengo que daros las siguientes órdenes: vosotras, que os pasáis la vida en medio del lujo, la molicie, las caricias, en compañía de los más altos personajes, vosotras, renombradas cortesanas, yo voy a saber ahora y a enterarme cuál de vosotras trabaja por su libertad y cuál no piensa más que en su estómago, cuál en sus intereses y cuál sólo en dormir; cuál puedo calcular que será mi liberta y a cuál voy a poner a la venta. Ocupaos de que se den hoy aquí cita de parte de vuestros amantes un sinnúmero de regalos para mi persona, que si no se me llena la despensa para todo un año, mañana mismo os pongo en la calle como fulanas públicas. Ya sabéis que hoy es el día de mi cumpleaños, ¿dónde están todos esos para quienes sois la niña de sus ojos, su vida, "ay, encanto, dame un besito, ay, qué tetitas, dulzura mía". Traédmelos aquí enseguida ante la casa, un ejército de donantes cargados de regalos. ¿Para qué, si no, pongo a vuestra disposición vestidos, joyas y todo lo que necesitáis?, ¿qué otra cosa tengo de vuestro trabajo aparte de perjuicios, malvadas? No pensáis más que en el vino; con él os llenáis la andorga, mientras que yo estoy aquí sin probar gota. Ahora lo mejor es ir llamando a cada una por su nombre, para que no me venga luego ninguna con que no ha sido advertida. Atended todas. Por ti empiezo, Hedilio, que tienes amigos entre los comerciantes en granos, que disponen todos en casa de montones de trigo como montañas: procura que se me traiga aquí grano suficiente para el año para mí y toda mi casa, y que nade en trigo de tal forma que la gente me cambie el nombre y que, en vez del rufián Balión, me llamen el rey Jasón.

CALIDORO:

¿No oyes lo que dice el maldito? ¡qué fanfarronerías!, ¿eh?

PSÉUDOLO:

Desde luego, y no sólo eso, sino, además, también qué fechorías, pero calla y pon atención.

BALIÓN:

Escrodora, tú que tienes por amigos a los émulos de los rufianes, los carniceros, que al igual que nosotros se buscan sus ganancias de mala manera con sus perjurios, escúchame: si no tengo hoy en mi poder tres garabatos de carnicero cargados con lomos de buen peso, mañana, como se cuenta de los dos hijos de Júpiter que ataron a Dirce a un toro, así te voy a descuartizar colgada del garabato de la carne: ése será el toro para ti.

CALIDORO:

Me estoy poniendo furioso de oírle.

PSÉUDOLO:

¡Mira que tolerar la juventud ateniense que viva aquí un hombre como éste!, ¿dónde están, donde se encubren esos individuos en la flor de la vida que buscan sus amores en casa del rufián?, ¿por qué no se aúnan todos para liberar de tal calamidad al pueblo? Pero ¡ay!, necio de mí!¡qué ignorancia! ¿van a lanzarse a hacer una cosa así aquellos a los que el amor obliga a ponerse al servicio de los rufianes, impidiéndoles al mismo tiempo emprender nada que vaya en contra de los deseos de éstos?

CALIDORO:

¡Ay, calla!

PSÉUDOLO:

¿Qué es lo que ocurre?

CALIDORO:

No me sabes llevar el aire, me estás fastidiando, no me dejas oír lo que dice el otro.

PSÉUDOLO:

Me callo.

CALIDORO:

Mucho mejor sería que te callaras que no dijeras que te ibas a callar.

BALIÓN:

Y tú, Xitilis, atiéndeme bien: tus amantes, ésos nadan en aceite de oliva; si no se me pone aquí rápido a odres plenos, te meteré mañana a ti en uno de los tales y te haré llevar a la pérgola; allí se te dará un lecho, pero no para que cojas el sueño, sino para que hasta que ya no puedas con más... ya sabes a lo que me refiero. ¡Qué, víbora!, tú que tienes tantos amigos tan bien forrados de aceite ¿acaso has movido un dedo para que ninguno de tus consiervos tenga un tanto así más de brillo en la cabeza?, ¿o es que ni yo mismo puedo hacerme preparar la carne con un poco más de resbalante? Pero eso ya me lo sé yo: es que a ti el aceite no te dice mucho, es con el vino con lo que te unges; deja, que yo te lo haré pagar todo de un solo golpe, ¡Hércules! si no es que das cumplimiento hoy a todo lo que te digo. Y tú que me estás siempre con la cantinela de que vas a pagarme el dinero por tu libertad, no sabes más que hacer promesas, pero cumplir lo que has prometido, eso no lo sabes, Fenicio, contigo hablo, tú, la preferida de la aristocracia: si hoy no se me trae toda clase de provisiones de las fincas de tus

I.E.S. "Isidro de Arcenegui y Carmona"

amigos, mañana, Fenicio, pararás en la pérgola con la piel de color púrpura.

## ESCENA TERCERA CALIDORO, PSÉUDOLO, BALIÓN

CALIDORO: Pséudolo, ¿no oyes lo que dice?

PSÉUDOLO: Sí que lo oigo, amo, y bien atento que estoy.

CALIDORO: ¿Qué me aconsejas que le mande, para que no prostituya a mi amiga?

PSÉUDOLO: No te preocupes, tú tranquilo; yo tomaré las medidas necesarias en mi nombre y en el tuyo. Ya hace

tiempo que estamos el tipo ese y yo pero que en muy buenas relaciones, nuestra amistad data ya de años: verás cómo le mando en el día de su cumpleaños un regalo de muy mala catadura y muy en su

punto.

CALIDORO: Y eso ¿para qué?

PSÉUDOLO: ¿No tienes otra cosa de qué ocuparte?

CALIDORO: Pero..

PSÉUDOLO: No hay pero que valga. CALIDORO: Es que sufro mucho. PSÉUDOLO: Hazte el fuerte. CALIDORO: No puedo.

DEÉLIDOLO. Dues has as

PSÉUDOLO: Pues haz por poder.

CALIDORO: ¿Cómo puedo dominar mis sentimientos?

PSÉUDOLO: Dale preferencia a lo que de hecho sirva a tus intereses y no des oídos en la adversidad a lo que te

dictan los sentimientos.

CALIDORO: ¡Pamplinas!, un enamorado no está contento si no hace locuras.

PSÉUDOLO: ¿Otra vez con las mismas?

CALIDORO: ¡Oh, Pséudolo de mi alma, déjame desvariar déjame, por favor!

PSÉUDOLO: Te dejo; déjame ir.

CALIDORO: Espera, espera, estoy dispuesto a hacer todo lo que tú me digas.

PSÉUDOLO: Ahora te pones en razón.

BALIÓN: El tiempo corre; yo mismo me estoy deteniendo; (a su esclavo.) hale, chico, ve por delante.

CALIDORO: ¡Eh, que se va!, ¿por qué no le llamas?

PSÉUDOLO: ¿A qué esas prisas? Calma. CALIDORO: Pero antes de que se vaya.

BALIÓN: (A su esclavo.) ¡Maldición, chico!, ¿a qué esa calma?

PSÉUDOLO: ¡Tú, el del cumpleaños, eh, el del cumpleaños, a ti te digo, eh, el del cumpleaños! vuélvete y échanos

una mirada; aunque andas de trajín, te detenemos, ¡espera! que hay aquí quienes quieren hablarte.

BALIÓN: ¿Qué es esto? ¿quién es el que se atreve a entretenerme en forma tan inoportuna con las prisas que

llevo?

PSÉUDOLO: Uno que fue tu salvación.

BALIÓN: Muerto es quien fue; yo necesito a alguien que viva ahora.

PSÉUDOLO: No tantos humos. BALIÓN: ¡No tanta pesadez!

CALIDORO: (A Pséudolo.) ¡Sujétale, alcánzale!

BALIÓN: Hala, chico.

PSÉUDOLO: Vamos a cortarle el paso por aquí.

BALIÓN: ¡Júpiter te confunda, quienquiera que seas!

PSÉUDOLO: A ti... quiero hablarte.

BALIÓN: Pero yo no quiero hablar con ninguno de los dos; sigue por este otro lado, chico.

PSÉUDOLO: ¿No podemos hablar contigo?

BALIÓN: No, no tengo ganas.

PSÉUDOLO: ¿Y si es algo que te interesa?

BALION: Vamos a ver: ¿me va a ser posible seguir mi camino o no me va a ser posible?

PSÉUDOLO: ¡Ah, quieto ahí! BALIÓN: ¡Déjame! CALIDORO: Balión, escucha.

BALIÓN: Sordo soy, al menos para un palabrero.

CALIDORO: Mientras que tuve, te di.

BALION: Yo no te reclamo lo que me diste.

CALIDORO: Y te daré cuando tenga.

BALIÓN: Llévatela cuando llegue ese caso.

CALIDORO: ¡Ay, qué forma tan triste de perder lo que te llevé y te di!

BALIÓN: Después que tus bienes han fenecido, me vienes con palabrerías; eres un necio, lo pasado, para

siempre ausentado.

PSÉUDOLO: Reconoce al menos a éste que está aquí.

BALIÓN: Ya hace tiempo que sé quién fue; quien sea ahora eso es cosa suya. ¡Hala, tú! (al esclavo). PSÉUDOLO: No va a ser posible que eches una sola mirada para acá, Balión?, vas a sacar provecho de ello.

BALIÓN: Con esa condición, lo haré; que dado el caso que estuviera ofreciendo un sacrificio al soberano Júpiter

y que tuviera ya las entrañas en la mano para ponerlas sobre el altar, si entre tanto se me ofrece alguna

ganancia, dejaré a la mitad la ceremonia. Sea lo que sea, ante un deber tal queda todo a un lado.

PSÉUDOLO: Hasta los dioses, a quienes debemos, sobre todo, temor y reverencia, le importan un pelo a éste.

BALIÓN: Voy a hablarle: (a Psedolo) ¡salud, tú, el esclavo más pillo de toda Atenas!

PSÉUDOLO: Los dioses y las diosas todas te bendigan, según los deseos de éste o los míos propios o, para el caso

de que te merezcas otra cosa, que ni te bendigan ni te protejan.

BALIÓN: ¿Oué tal, Calidoro, que se hace?

CALIDORO: Amar y pasar apuros.

BALIÓN: Yo me apiadaría de ti si la piedad sirviera para alimentar a las gentes de mi casa.

PSÉUDOLO: Anda, nosotros te conocemos muy bien, no nos vengas con explicaciones. Pero ¿sabes qué es lo que

BALIÓN: Sí, más o menos lo siguiente: que me parta un rayo.

PSÉUDOLO: Eso, y luego otra cosa, que es por lo que te detenemos. Préstame atención, por favor.

BALIÓN: Soy todo oídos. Pero abrevia, que ando muy ocupado.

PSÉUDOLO: Aquí a éste le da apuro que, después de haberte hecho una promesa y haberte dado un plazo para

cumplirla; no te ha entregado aún las veinte minas por su amiga.

BALIÓN: El apuro es más fácil de sobrellevar que el disgusto: a él le da apuro de que no ha pagado, yo tengo

disgusto de no haber recibido.

PSÉUDOLO: Pero te lo dará, ya encontrará el medio que sea; espera sólo un par de días. Es que él tiene miedo de

que la vendas a causa de sus diferencias contigo.

BALIÓN: Si hubiera querido, habría tenido ya hace tiempo ocasión de darme el dinero.

CALIDORO: Pero ¿y si es que no lo tenía?

BALIÓN: Si estabas enamorado, lo hubieras encontrado a préstamo, hubieras ido al usurero, le hubieras

propuesto algún aumento de los intereses, se lo hubieras sisado a tu padre.

PSÉUDOLO: ¿A su padre se lo iba a sisar, descarado? Desde luego, no hay peligro de que tú des un buen consejo.

BALIÓN: No sería rufianesco.

CALIDORO: ¿Que le iba yo a haber podido sisar algo a mi padre, un viejo tan avisado? Y además, aunque me

hubiera sido posible, la piedad filial me lo prohíbe.

BALIÓN: Bien, entonces abraza por las noches a la piedad filial en lugar de a Fenicio. Pero, puesto que según

veo antepones la piedad filial a tus amores, ¿es que todos los hombres son tus padres?, ¿no hay

ninguno a quien pedirle un préstamo?

CALIDORO: ¡Un préstamo!: esa palabra ha dejado ya de existir.

PSÉUDOLO: Oye, tú, es que desde que bien hartos abandonan las mesas esos individuos que te exigen lo suyo pero

sus deudas no se las paga a nadie, a la vista de eso, pues todos andan con más precaución de no

prestarle nada a nadie.

CALIDORO: ¡Ay qué desgraciado soy, no me es posible encontrar por parte ninguna ni un céntimo, y así, pobre de

mí, me muero de amor y de falta de dinero!

BALIÓN: ¡Hércules! pues compra aceite a crédito y véndelo al contado, verás qué pronto te encuentras en la

mano hasta doscientas minas, por Hércules.

CALIDORO: ¡Ay de mi! la ley de los veinticinco años es mi perdición, todos tienen miedo a darme crédito.

BALIÓN: La mismísima ley vale para mí: tengo miedo a dar crédito.

PSÉUDOLO: Conque dar crédito, ¿eh? Oye, ¿es que acaso te parece todavía poco el provecho que has sacado de

éste?

BALIÓN: Un enamorado como es debido es sólo aquel que eterniza sus dones; tiene que dar, dar sin tregua.

Cuando no tenga nada, que deje también de amar.

CALIDORO: ¿Es que no sientes compasión ninguna?

BALIÓN: Tú vienes con las manos vacías, tus palabras no son "sonantes". De todos modos, por lo que a mí

respecta prefería verte en vida y con salud.

2º Bachillerato:P

PSÉUDOLO: Oye, ¿pero es que acaso está muerto?

BALIÓN: Sea como sea, para mí, desde luego, con eso que dice, es como si estuviera muerto. El enamorado vive

> hasta el punto y hora en que viene con súplicas al rufián. Tú debes venir a mí siempre con quejas acompañadas de monedas; que esos lamentos con los que me vienes ahora de que "no tengo, no

tengo", es como si fueras y se lo contaras a tu madrastra.

PSÉUDOLO: Oye, ¿es que tú te has casado con el padre de éste?

BALIÓN: ¡No lo permitan los dioses!

PSÉUDOLO: Haz lo que te pedimos, Balión: yo salgo garante, si tienes miedo de fiarte de éste; en estos tres días

sacaré yo de donde sea, por tierra o por mar, el dinero para entregártelo.

BALIÓN: ¿Que a ti te voy yo a dar crédito?

¿Y por qué no? PSÉUDOLO:

BALIÓN: Porque te juro que lo mismo sería atar con tripas de cordero a un perro que se escapa. CALIDORO: ¿Ése es el agradecimiento que me tienes por lo bien que me he portado contigo?

A ver, ¿algo más? BALIÓN:

CALIDORO: Sí, espera unos días; no la vendas ni pierdas a un hombre enamorado.

No te apures, que estoy dispuesto a esperar hasta seis meses. BALIÓN:

CALIDORO: ¡Bravo, eres la amabilidad en persona!

BALION: Pues aguarda ¿quieres que te ponga aún más contento de lo que estás?

CALIDORO: ¿Cómo pues?

BALIÓN: Ya no tengo puesta a la venta a Fenicio.

CALIDORO: ; No?

BALIÓN: :Hércules, no!

CALIDORO: Pséudolo, ve y trae víctimas de todas clases, menores y mayores, y carniceros, para que haga un

sacrificio en honor de este mi Júpiter, que él es ahora para mí mucho más Júpiter que Júpiter en

BALIÓN: Yo no quiero víctimas mayores, yo quiero que se me aplaque con entrañas de cordero.

CALIDORO: (A Pséudolo.) ¡Rápido!, ¿qué haces ahí parado? Ve y trae corderos, ¿no oyes lo que dice Júpiter? PSÉUDOLO: Ahora mismo estoy de vuelta, pero primero tengo que ir a la carrera a la puerta de la ciudad.

CALIDORO: ¿Y eso por qué?

PSÉUDOLO: De allí traeré dos carniceros, pero de esos de las campanillitas; al mismo tiempo traeré dos rebaños de

varas de olmo, que se quede el Júpiter este satisfecho con nuestro sacrificio.

BALIÓN: ¡Vete a la horca!

PSÉUDOLO: Allí irá nuestro rufianesco Júpiter.

BALIÓN: (A Calidoro.) A ti te convendría que yo me muriera.

CALIDORO: ¿Por qué?

BALIÓN: Porque mientras que yo esté en vida no serás tú una persona de bien. Pero a ti (a Pséudolo.) no te

conviene que yo me muera.

PSÉUDOLO: ¿Por qué?

BALIÓN: Porque si yo desaparezco no habrá otro más malo que tú en toda Atenas.

CALIDORO: Por favor, Balión, contéstame ahora en serio a mi pregunta: ¿ya no tienes en venta a Fenicio?

BALIÓN: Claro que no la tengo, por la sencilla razón de que la he vendido ya.

CALIDORO: ¿Cómo?

BALIÓN: Sin abalorios, pero con todas sus entrañas.

CALIDORO: ¿Que tú has vendido a mi amiga?

BALIÓN: Y tanto, por veinte minas. CALIDORO: ¿Por veinte minas?

BALIÓN: Si lo prefieres, por cinco veces cuatro minas, a un militar macedonio, y quince minas obran ya en mi

poder.

CALIDORO: ¿Qué es lo que oigo?

BALIÓN: Que tu amiga ha quedado convertida en monedas. CALIDORO: ¿Cómo te has atrevido a hacer una cosa así?

BALIÓN: Me ha dado la gana, era mía.

CALIDORO: ¡Eh, Pséudolo, ve y trae una espada!

¿Para qué una espada? PSEUDOLO: CALIDORO: Para matar a éste... y a mí.

Mátate a ti solo, que éste va a morir de hambre de todos modos. PSÉUDOLO:

Dime, tú, el más perjuro de los mortales, ¿no me habías jurado que no se la venderías a nadie más que CALIDORO:

a mí?

BALIÓN: Exacto.

CALIDORO: ¿Y además con juramento solemne?

**BALIÓN:** Solemne y perenne.

CALIDORO: Has cometido un perjurio, malvado.

BALIÓN: Pero me he metido el dinero en el bolsillo; yo, que soy un malvado, puedo disponer de dinero; tú, que

eres una persona honrada, de tan buena familia, no tienes una perra.

CALIDORO: Pséudolo, ponte ahí a ese otro lado y llénale de insultos.

PSÉUDOLO: De acuerdo: ni siquiera al pretor correré tan a la carrera para que me dé la libertad.

CALIDORO: Insúltale sin parar.

PSÉUDOLO: Te voy a hacer trizas a fuerza de insultos. ¡Sinvergüenza!

BALION: Muy bien. CALIDORO: ¡Criminal!

Tienes toda la razón. BALIÓN:

PSÉUDOLO: :Bribón! ¿Por qué no? BALIÓN:

CALIDORO: ¡Violador de sepulturas! BALION: Desde luego que sí. PSÉUDOLO: ¡Malhechor!

**BALIÓN**: ¡Estupendo! CALIDORO: :Traidor! BALIÓN: Eso es lo mío. PSÉUDOLO: ¡Parricida!

BALION: (A Calidoro.) Venga, ahora tú.

CALIDORO: ¡Sacrílego! BALIÓN: Confieso que sí.

PSÉUDOLO: ¡Perjuro!

**BALIÓN:** ¡Vaya novedad!

CALIDORO: ¡Violador de las leyes!

BALIÓN: Y tanto.

PSÉUDOLO: ¡Ruina de la juventud! BALION: De todas todas!

CALIDORO: Ladrón! BALIÓN: :Bravo! PSÉUDOLO: ¡Desertor! BALIÓN: ¡Ahí va!

CALIDORO: ¡Estafador público! BALIÓN: Totalmente de acuerdo.

PSÉUDOLO: ¡Impostor! CALIDORO: ¡Puerco! PSEUDOLO: :Rufián! CALIDORO: :Lodazal!

**BALIÓN**: ¡Qué buenos cantantes!

CALIDORO: Has azotado a tu padre y a tu madre.

BALIÓN: Y los maté antes que tener que alimentarlos: ¿qué mal hay en ello?

PSÉUDOLO: Estamos echando agua en un cedazo, perdemos el tiempo.

BALION: ¿Tenéis algo más que decir? CALIDORO: ¿No tienes vergüenza?

BALIÓN: ¿No la tienes tú de haber resultado un enamorado más vacío que una nuez vana? Así y todo, a pesar de

vuestros insultos, si el militar no me trae las cinco minas hoy, que es el día fijado para la entrega, si no

las trae, digo, me parece que puedo hacer de las mías.

CALIDORO: ¿Y qué es eso?

**BALIÓN:** Si tú me traes el dinero, me vuelvo atrás de mi trato con él; ése es mi oficio. Si tuviera tiempo, seguiría

hablando contigo; pero estando limpio de dinero, es inútil que me pidas que me compadezca de ti. Ya

sabes mi decisión, o sea, que delibera qué es lo que debes hacer.

CALIDORO: ¿Te vas ya?

BALION: Tengo mucho que hacer ahora. PSÉUDOLO: Pues ya verás después. (Balión se va.) Éste es mío, si no es que estoy totalmente dejado de la mano de los dioses y los hombres; le voy a dejar igual de limpio que los cocineros a las morenas. Ahora, Calidoro, quiero que me prestes tu colaboración.

CALIDORO: ¿Qué es lo que me ordenas?

PSÉUDOLO: Yo tengo la intención de poner sitio a esta ciudad (señalando la casa del padre de Calidoro.): de forma y manera que sea conquistada en el día de hoy. A este fin se precisa de un hombre astuto, listo, avisado y ladino, que ponga por obra las instrucciones que yo le dé, no uno que duerma despierto.

CALIDORO: Pero dime: ¿qué es lo que piensas hacer?

PSÉUDOLO: Ya lo sabrás a su tiempo; no quiero andar repitiendo las cosas, que también así son ya las comedias más largas de lo debido.

CALIDORO: Tienes toda la razón.

PSÉUDOLO: Venga, rápido, ponme aquí en seguida, un tipo como te he dicho.

CALIDORO: Si vas a ver, son, entre muchos amigos, muy pocos los que lo son de verdad.

PSÉUDOLO: Ya lo sé; o sea que tienes que hacer una doble selección: primero escoge unos pocos de entre muchos, y de esos pocos, dame uno que sea amigo de verdad.

CALIDORO: A ahora mismo te lo pongo aquí.

PSÉUDOLO: ¿Acabarás ya de irte? Tú mismo eres quien te detienes con tanto charlar. (Se va Calidoro.)

### ESCENA CUARTA PSÉUDOLO

PSÉUDOLO: Se fue, solo te has quedado, Pséudolo. ¿Qué es lo que vas a hacer ahora, después de que has echado el resto haciendo esas fantásticas promesas al hijo del amo?, ¿se puede saber dónde quedan? Sin tener a punto ni una gota de plan fijo, ni, todavía menos el dinero, ni... Ahora ya sé lo que voy a hacer: no sabes ni por dónde has de empezar tu trama ni hasta dónde has de continuar para acabarla; pero como el poeta cuando se pone a escribir busca lo que no existe en parte ninguna, y, así y todo, lo encuentra y le da aspecto de verdad a lo que no es sino mentira, yo ahora seré un poeta: veinte minas, que no aparecen por ninguna parte, yo las encontraré. Además, que ya le había dicho que se las iba a dar y quise lanzar mi dardo contra nuestro viejo, pero es que él, no sé cómo, se lo barruntó. Pero tengo que acallar mi voz y dejar de hablar: ahí veo a Simón venir hacia acá con su vecino Califón; ahí está el viejo sepulcro, de donde desenterraré hoy veinte minas para entregárselas a su hijo. Voy a retirarme a

## ESCENA QUINTA SIMÓN, PSÉUDOLO, CALIFÓN

SIMÓN: Si se eligiera ahora en Atenas del Ática un dictador de entre el gremio de los pródigos o los galanes

enamorados, estoy seguro de que seria mi hijo el que se llevara la palma: no se oye otra cosa por toda la ciudad sino que quiere dar la libertad a su amiga y que anda buscando dinero al efecto. Esto es lo que me cuentan los demás, pero hace ya tiempo que me había yo percatado de ello y me lo estaba

oliendo, sólo que hacía por disimular.

PSÉUDOLO: (Aparte.) ¡Con que le apesta ya su hijo! La cosa está perdida, estamos en un callejón sin salida, el

lugar hacia donde yo quería dirigirme para hacer mis provisiones... monetarias, en esa dirección está

cortado el camino. Se lo ha olido: nos quedamos sin botín.

esta parte, para poder escuchar desde aquí su conversación.

CALIFÓN: Lo que es esas personas que propalan chismes y los que les prestan oídos, si por mí fuera, debían

colgarlos a todos, a los que los cuentan, por la lengua, y a los que los escuchan, por las orejas; porque esas historias con que te vienen de que si tu hijo está enamorado y de que si quiere birlarte dineros, quién sabe si quizá no son todo más que habladurías, y en el caso de que fueran verdad, sobre todo tal como andan hoy en día las costumbres, ¿qué es lo que habría hecho de particular?, ¿es que es acaso

una novedad el que un muchacho joven esté enamorado y quiera liberar a su amiga?

PSÉUDOLO: (Aparte.) ¡Huy, qué encanto de viejo!

SIMÓN: Yo soy un hombre chapado a la antigua, y no quiero que se porte así.

CALIFÓN: Pues mira; no sacas nada con no quererlo, o en tal caso, no debías tú haber hecho lo mismo en tu

juventud; un padre que exige que su hijo sea mejor de lo que él fue, debe ser el mismo una persona de bien, porque anda que tú, de los despilfarros y de las calaveradas que hiciste habría para repartir a todos los ciudadanos por cabeza ¿y luego te asombras de que el hijo salga a su padre?

iodos los ciduadanos por caocza 69 luego le asomoras de que el injo saiga a su padre:

PSÉUDOLO: ¡Oh, Zeus! qué pocas personas hay que sepan tener un poco de comprensión. Eso es un padre que se

porta como se debe con su hijo.

SIMÓN: ¿Quién habla por aquí? Anda, si es mi esclavo Pséudolo; éste es el que tiene echado a perder a mi hijo.

E.S. Isiaro de Arcenegui y Carmona

CALIFÓN:

el muy bribón; él es su guía y su maestro, no estoy sino deseando mandarle a la horca.

Simón, yo te lo aviso, es una necedad el enfadarse así por las claras. Cuánto mejor sería abordarle con buenas palabras e indagar si son ciertas o falsas las cosas que te cuentan. En la adversidad, si sabes

conservar la calma, reduces a la mitad las penas.

SIMÓN: Seguiré tus consejos.

PSÉUDOLO: (Aparte.) Ésos vienen derechitos hacia ti, Pséudolo, ponte en forma para dirigirte contra el viejo: salud,

en primer lugar a mi amo, tal como corresponde después; si es que sobra algo, salud también para los

vecinos.

SIMÓN: ¡Salud!, ¿qué se hace, Pséudolo? PSÉUDOLO: Pues eso, estar aquí en pie, como ves.

SIMÓN: ¡Fíjate, fíjate, Califón, qué ademanes se gasta, ni que fuera un rey!

CALIFÓN: Sí, ya lo veo, estupendo, y qué seguro de sí mismo.

PSÉUDOLO: A un esclavo inocente y sin tacha le cuadra mantener alta la cabeza sobre todo frente a su amo.

CALIFÓN: Pséudolo, querernos hacerte algunas preguntas sobre unos rumores que han llegado a nuestros oídos

así de una forma un poco vaga.

SIMÓN: Verás cómo te engatusa éste, espera, que vas a pensar que no es Pséudolo sino Sócrates quien habla

contigo.

PSÉUDOLO: Sí, ya hace tiempo que tú me tienes en nada, no creas que no me doy cuenta. Ya lo sé que no tienes

mucha confianza en mí. Tú querrías que yo fuera un bribón, pero no por eso voy a dejar de ser una

buena persona.

SIMÓN: Pséudolo, yo te lo ruego, haz sitio en la morada de tus oídos para que puedan tomar asiento mis

palabras en el lugar al que las dirijo.

PSÉUDOLO: Hale, di lo que quieras, aunque en sí estoy a malas contigo. SIMÓN: ¿Tú, el esclavo, vas a estar a malas conmigo que soy tu amo? PSÉUDOLO: ¿Y es que acaso te parece eso una cosa tan de extrañar?

SIMÓN: ¡Hércules! Tal como te expresas, no parece sino que tengo que guardarme de tus iras. Y además, que

los golpes que tú pretendes darme son otros que los que yo suelo darte a ti. ¿Qué dices tú, Califón?

CALIFÓN: Pues yo pienso que tiene razón de estar molesto contigo, si es que tú le muestras tan poca confianza.

SIMÓN: Es igual, dejémosle estar molesto; ya me encargaré yo de que no me cause perjuicios. Pero a ver,

Pséudolo, ¿qué me dices a mi pregunta?

PSÉUDOLO: Si tienes alguna pregunta que hacerme ¡adelante!; lo que yo sepa, puedes decir que es el oráculo de

Delfos quien te da la respuesta.

SIMÓN: Préstame entonces atención y ten presente esa promesa que me haces. Dime: ¿sabes acaso si mi hijo

anda enamorado de una flautista?

PSÉUDOLO: ¡Po zí!

SIMÓN: ¿Y que quiere darle la libertad?

PSÉUDOLO: ¡Po zí!

SIMÓN: ¿Y que tú tienes el plan de birlarme veinte minas con tus embustes y tus sabios ardides?

PSÉUDOLO: ¿A ti te las voy a birlar?

SIMÓN: Sí, eso, para dárselas a mi hijo para que pueda comprar a su amiga: ¡Anda, confiésalo, di otra vez "Po

zí"!

PSÉUDOLO: ¡Po zí!

CALIFÓN: ¡Lo confiesa!

SIMÓN: ¿No te lo había dicho yo, Califón? CALIFÓN: Sí, sí, lo recuerdo perfectamente.

SIMÓN: ¿Por qué me lo has ocultado una vez que lo supiste?, ¿por qué no lo he sabido yo?

PSÉUDOLO: Yo te lo diré: porque no quería ser yo el promotor de una costumbre tan fea como que un esclavo acuse

a uno de sus amos ante el otro.

SIMÓN: Éste se merecía que le agarraran por el cuello y le llevaran al molino.

CALIFÓN: Pero ¿es acaso culpable? SIMÓN: ¡Y en grado sumo!

PSÉUDOLO: Deja, yo sé lo que me hago, Califón; mis faltas mías son. (A Simón.) Ahora escucha por qué no te he

dado cuenta de los amores de tu hijo: sabía que me esperaba el molino si te lo decía.

SIMÓN: ¿Y no sabías que te esperaba el molino si me lo callabas?

PSÉUDOLO: Claro que lo sabía.

SIMÓN: ¿Por qué no se me ha dicho entonces?

PSEUDOLO: Pues porque en el primer caso, el castigo era inminente, en el segundo estaba lejos; lo primero era cosa

hecha, para lo segundo había todavía un poco de plazo.

SIMÓN: ¿Y qué es lo qué vais a hacer ahora?, porque, desde luego, a mí es imposible birlarme el dinero, sobre

todo después de que estoy ya en ello. Voy a dar por todas partes el aviso de que no se os preste

cantidad ninguna.

PSÉUDOLO: Te juro que no me andaré con súplicas con nadie mientras tú estés en vida; tú serás quien me des el

dinero, a ti te lo voy a sacar.

SIMÓN: ¿Que me lo vas a sacar a mí?

PSÉUDOLO: Y tanto que sí.

SIMÓN: Un ojo de la cara me puedes sacar si es que llego a dártelo.

PSÉUDOLO: Pues me lo darás. Ya desde ahora te aviso que te andes con tiento conmigo.

SIMÓN: Al menos una cosa es segura: que si me lo sacas, habrás llevado a cabo una hazaña sorprendente.

PSÉUDOLO: Y la llevaré a cabo . SIMÓN: ¿Y si no lo consigues?

PSÉUDOLO: Me das de latigazos. Pero y si te lo saco, ¿qué?

SIMÓN: Pongo a Júpiter por testigo de que no recibirás castigo por ello en tu vida.

PSÉUDOLO: A ver si lo tienes presente.

SIMÓN: ¿Te crees que no voy a ser capaz de andar con ojo, una vez que estoy avisado?

PSÉUDOLO: Yo te recomiendo que tengas cuidado. Te aviso, digo, que tengas cuidado. Ándate con ojo; ahí, con

esas mismas manos, me entregarás tú hoy el dinero. ¡Hércules, qué tipo tan famoso si cumple su palabra!

PSÉUDOLO: (A Simón.) Tú puedes considerarme tu esclavo si no me salgo con la mía.

SIMÓN: Muy agradecido; por lo visto, ahora no me perteneces, ¿no? PSÉUDOLO: ¿Quieres que diga todavía una cosa que os asombre aún más?

CALIFON: ¡Hércules! estoy deseando oírlo, porque la verdad es que te escucho con sumo gusto.

SIMÓN: Venga, que no es poco el gusto con que te oigo.

PSÉUDOLO: Antes de dar esta batalla, daré además otra gloriosa y memorable.

SIMÓN: ¿Cuál batalla?

PSÉUDOLO: Mira, el rufián ese vecino tuyo: la flautista esa por la que se muere tu hijo, ¿eh?, pues ésa se la voy a

birlar al rufián con mis engaños y mis sabios ardides.

SIMÓN: ¿Oué?

CALIFÓN:

PSÉUDOLO: Esta misma tarde estará todo perfecto, lo uno y lo otro.

SIMÓN: Si es que, como afirmas, consigues llevar a cabo esas dos operaciones, vas a dejar atrás al rey

Agatocles por tu valentía. Pero, si no lo consigues, ¿tienes algo en contra de que te ponga en el

molino?

PSÉUDOLO: Y no para un solo día, sino para todo lo que me quede de vida. Pero, si lo consigo, ¿me darás de grado

enseguida el dinero para que se lo entregue al rufián?

CALIFÓN: Es muy justo lo que pide Pséudolo, dile que sí, que se lo darás.

SIMÓN: Pero ¿sabes lo que se me acaba de ocurrir ahora mismo?: a ver si va a ser que el rufián y éste se han

entendido entre sí, Califón, o han tramado un engaño y actúan de común acuerdo para birlarme el

dinero.

PSÉUDOLO: ¿Dónde encontrar un tipo más valiente que yo, si me atrevo a dar tal golpe? Tú no sufras, Simón, que

yo te digo lo siguiente: si es que nos hemos puesto de acuerdo, o si hemos tramado un plan, o si nos hemos entendido uno con otro en lo que se refiere a este asunto, así como se escriben las letras en un

papel con un cálamo, igualitamente puedes dejar escritas mis espaldas con varas de olmo.

SIMÓN: Venga, manos a la obra, echa ya entonces el pregón de la fiesta, si es que te empeñas.

PSÉUDOLO: Tú, Califón, estáte hoy a mi disposición, por favor, no te ocupes de ningún otro asunto.

CALIFÓN: Pero es que había planeado ayer ir hoy a la finca.

PSÉUDOLO: Pues da al traste con los planes que habías planeado.

CALIFÓN: No, desde luego que no voy, por causa tuya, que estoy deseoso de contemplar el espectáculo que nos

vas a ofrecer, Pséudolo. Más aún, si veo que Simón no te da el dinero como ha prometido, antes de que

te quedes sin ello, estoy dispuesto a dártelo yo.

SIMÓN: Yo no me vuelvo atrás de lo dicho.

PSÉUDOLO: Puedes estar seguro de que, si no me lo das, se te reclamará a grito pelado. Hale, largaos ya, adentro

con vosotros y dejadme campo libre, que pueda yo dar comienzo a mis maquinaciones.

CALIFÓN: Sea, se te dará gusto.

PSÉUDOLO: Pero tú ya sabes que no quiero que salgas de casa.

CALIFÓN: Que sí, que te prometo mi colaboración.

SIMÓN:

Pues yo me voy al foro; ahora mismo estaré de vuelta.

PSÉUDOLO:

Vuelve rápido. (Se van los viejos.) (Al público.) Tengo vo ahora la sospecha que vosotros sospecháis, que yo prometo tan grandes hazañas sólo para distraeros durante la comedia, y que no voy a hacer lo que he dicho que haría. Pues no, no me vuelvo atrás. Pero la verdad es que, que yo sepa, no sé aún la forma en que lo haré; lo único que sé es que tendrá lugar. Quien se presenta en las tablas debe ofrecer novedades de forma y de contenido; si no es capaz de hacerlo, que deje paso al que lo sepa. Ahora quiero recogerme un rato en casa para reclutar los embustes en mi caletre; \*\*\* saldré, no os haré esperar; entre tanto, os distraerá aquí el flautista.

#### ESCENA PRIMERA PSÉUDOLO ACTO II

PSÉUDOLO: ¡Oh, Júpiter! ¡Qué bonitamente, qué felizmente me sale todo aquello donde pongo la mano! El plan que abrigo en mi pecho no deja lugar a dudas ni temores. Desde luego, es una necedad confiar grandes empresas a personas pusilánimes porque todo en este mundo depende de la forma en que lo hagas, de la importancia que le des; yo he dispuesto ya en mi cabeza de tal forma mis tropas, filas dobles y triples de ardides y de engaños, que sea donde sea donde me tope con el enemigo (dicho sea, fiado en el valor de mis antepasados y en mi propia capacidad para la malicia y el engaño), podré, digo, vencerle fácilmente y fácilmente expoliar con mis perfidias a mis adversarios. Ahora va a ser a Balión, este enemigo común mío y vuestro al que voy a desbalionar con mi ballesta; prestad sólo atención; yo estoy dispuesto a dar el asalto a esta ciudad (señalando la casa de Balión.) de forma que sea tomada hoy, y contra ella voy a dirigir mis legiones; si la conquisto, les facilitaré la vida a mis conciudadanos. Después dirigiré mi ejército en seguida contra esta vieja ciudad (señalando la casa de Simón), de donde me cargaré y colmaré de botín a mí y a todos mis camaradas, para que se sepa que he nacido para infundir el terror y poner en fuga a mis enemigos: tal es la estirpe de la que soy oriundo; yo estoy predestinado a llevar a cabo grandes hazañas, cuya fama se mantenga largo tiempo entre las generaciones venideras. Pero ¿quién es ése que veo, ese desconocido que se ofrece a mi vista? Me está entrando curiosidad de saber a qué viene ahí con esa espada, voy a observar desde aquí qué es lo que hace.

## ESCENA SEGUNDA HÁRPAX. PSÉUDOLO

HÁRPAX:

Estos son los lugares y éste es el barrio que me ha indicado mi amo, según puedo yo verificar por mis ojos la razón que me dio mi amo el militar: a partir de la puerta de la ciudad hace la séptima la casa donde vive el rufián a quien me ha mandado traer esta contraseña y este dinero. No sé lo que daría por encontrar a alguien que me indicara, dónde vive exactamente el rufián Balión.

PSÉUDOLO:

(Aparte.) ¡Chis, calla, calla, éste es mío, si no es que estoy totalmente dejado de la mano de los dioses y los hombres! Tengo que tomar una nueva resolución, que ésto es algo que se me presenta muy de improviso; esto tiene, preferencia, renuncio a todos mis planes anteriores. Verás a qué vapuleo voy a someter al mensajero militar este.

HÁRPAX:

Voy a llamar a la puerta para que salga alguien.

PSÉUDOLO:

Tú, quienquiera que seas, ahórrate esos golpes, que yo he salido a la calle para interceder por esta puerta y protegerla.

HÁRPAX: ¿Eres tú entonces Balión? PSÉUDOLO: No, yo soy Vicebalión. HÁRPAX: ¿Y qué quiere decir eso?

PSÉUDOLO: Yo soy el que administra sus víveres, el encargado de la despensa.

HÁRPAX: O sea, su mayordomo.

PSÉUDOLO: No, ése está por debajo de mí. HARPAX: A ver, ¿tú eres esclavo o libre? PSÉUDOLO: Por lo pronto soy todavía esclavo.

Esa facha tienes, no tienes aspecto de ser un hombre libre. HARPAX:

PSÉUDOLO: Échate una mirada a ti mismo antes de hablar mal a los demás sin motivo.

HÁRPAX: (Aparte.) Este individuo debe ser un pillo.

PSÉUDOLO: (Aparte.) Yo gozo realmente del favor de los dioses; este tipo me va a servir de yunque: ¡y que no van

a ser pocas las patrañas qua voy a forjar en él!

HÁRPAX: (Aparte.) ¿Qué es lo que habla ahí ése para sus adentros?

PSEUDOLO: ¡A ver, joven!

Miguel Ángel Benjumea Pulido

I.E.S. "Isidro de Arcenegui y Carmona"

HÁRPAX: ¿Qué quieres?

PSÉUDOLO: ¿Vienes tú o no de parte del militar macedonio, eres esclavo de uno que nos ha comprado una joven,

que ha entregado a mi amo el rufián quince minas y le debe cinco?

HÁRPAX: Sí que lo soy. Pero ¿de dónde diablos me conoces o dónde me has visto o cruzado jamás una palabra

conmigo? Porque, desde luego no he venido nunca con anterioridad a Atenas, ni te he visto con mis

ojos a ti nunca jamás antes de hoy.

PSÉUDOLO: Me ha dado la impresión de que vienes de su parte; es que cuando se marchó de aquí, se concertó el

día de hov como fecha para traer el resto del dinero y todavía no nos lo ha traído.

HÁRPAX: Y tanto que sí. PSÉUDOLO: ¿Es que lo traes tú? HÁRPAX: Yo mismo en persona.

PSÉUDOLO: ¿Y qué haces entonces que no me lo entregas?

HÁRPAX: ¿A ti te lo voy a entregar?

PSÉUDOLO: A mí, Hércules, que estoy al frente de los bienes y de la contabilidad de mi amo Balión, que cobro los

dineros y efectúo los pagos a quienas se los debe.

HÁRPAX: ¡Hércules! Así administraras los tesoros del propio Júpiter no te entregaría yo a ti ni un céntimo.

PSÉUDOLO: Nada más que dar un estornudo estará resuelta la cosa.

HÁRPAX: Ni resuelta ni suelta, sino bien atada (señalando la bolsa del dinero.).

PSÉUDOLO: ¡Ay de ti! ¡conque vas a ser tú el que ponga en tela de juicio el crédito de que gozo, como si de

continuo no se me entregaran a mí solo cantidades cien veces mayores que ésa!

HÁRPAX: Puede ser que otros sean de esa opinión y que a pesar de eso yo no te haga confianza.

O sea que quieres decir que yo pretendo birlarte el dinero. PSÉUDOLO:

HÁRPAX: No, sino que tú eres quien lo dice, y yo, pues como si tuviera esa impresión. Pero ¿cómo te llamas?

(Aparte.) El rufián este tiene un esclavo que se llama Siro, le diré que soy él. Me llamo Siro. PSEUDOLO:

HÁRPAX: ¿Siro?

PSÉUDOLO: Sí, ése es mi nombre.

HÁRPAX: Estamos hablando demasiado; si tu amo está en casa ¿por qué no le dices que salga, para acabar con el

encargo que traigo, te llames como te llames?

PSÉUDOLO: Si estuviera en casa, le llamaría. Pero si me lo quieres dar a mí, estará más pagado todavía que si se lo

das a él.

HÁRPAX: ¿Sabes tú una cosa? Mi amo me ha enviado a entregar esta cantidad, no a perderla, porque, estoy bien

seguro, todo ese afán no es más que porque no puedes echarle las garras a esto. Yo, aparte de a Balión,

no le entrego a nadie un céntimo.

PSÉUDOLO: Pero es que ahora está ocupado; está en un juicio.

HÁRPAX: ¡Los dioses le amparen! Pero, por lo que a mí toca, volveré cuando crea que está en casa. Tú hazte

cargo de esta carta y se la das a él, que ésa es la contraseña entre mi amo y el tuyo para el asunto este

de la joven.

PSÉUDOLO: Sí, lo sé: que el que traiga el dinero y un sello con su retrato, que le mandáramos con él a la joven. Es

que aquí ha dejado también una copia de su sello.

HÁRPAX: Estás al tanto de todo.

PSÉUDOLO: Pues ¿cómo podría ser de otra forma? HÁRPAX: Entrégale, pues, esta contraseña a tu amo.

PSÉUDOLO: Vale. Pero ¿cómo te llamas?

HÁRPAX: Hárpax.

PSÉUDOLO: Largo de aquí, Hárpax, no me haces gracia; te juro que lo que es aquí en nuestra casa no entras, no sea

que vayas a hacer de las tuyas.

HÁRPAX: Es que suelo capturar vivos a los enemigos en la batalla, por eso me dicen así.

PSÉUDOLO: Me parece a mí que más bien las vasijas de bronce de las casas.

HARPAX: No es así. Pero ¿sabes lo que te ruego, Siro?

PSÉUDOLO: Lo sabré, si es que me lo dices.

HÁRPAX: Yo paro al otro lado de la puerta de la ciudad, en la fonda que hace el número tres, en casa de Crisis, la

vieja esa que parece un tonel, coja y gorda.

PSÉUDOLO: ¿Y qué es lo que quieres pues?

HÁRPAX: Que vayas a llamarme allí cuando vuelva tu amo.

PSÉUDOLO: Como quieras, de acuerdo.

Porque es que vengo cansado del camino y quiero reposar un poco. HÁRPAX:

PSÉUDOLO: Tienes razón, me parece muy bien. Pero mira que no me hagas andarte buscando cuando vaya a llamarte.

HÁRPAX: No, luego que almuerce, me echaré a dormir.

PSÉUDOLO: Estupendo.

¿Alguna cosa más? HÁRPAX: PSÉUDOLO: Que te vayas a dormir.

HÁRPAX: Me marcho.

PSÉUDOLO: ¡Eh, tú, Hárpax! Cuida de arroparte bien; verás que bien te encuentras después de haber sudado.

(Hárpax se va.)

### ESCENA TERCERA PSÉUDOLO

PSÉUDOLO: ¡Dioses inmortales, ese tipo me ha salvado con su llegada! Con su viático me ha hecho volver a buen camino, perdido como estaba; porque la misma Oportunidad en persona no hubiera podido llegar más oportunamente que la oportuna carta esta que me ha entregado; esto es el cuerno de la abundancia, que contiene en sí todo lo que deseo: ardides, engaños de todo género, embustes, dinero y la amiga para el enamorado hijo del amo. Y ahora, para presumir y dar prueba de lo listo que soy: todos lo detalles para birlarle la joven al rufián los tenía yo ya dispuestos punto por punto; todo estaba pensado, calculado, delineado tal como me había parecido oportuno pero no hay duda: la diosa de la Fortuna da ella sola ciento y raya a los planes de cien hombres listos. Y otra cosa también es verdad: el éxito en las empresas depende de la medida en que se sabe aprovecharse de la fortuna, y ése es el criterio por el que se puede distinguir a una persona cuerda. Cuando nos enteramos de que un plan le ha salido bien a alguien declaramos que es una persona de talento, y un imbécil aquel a quien le sale mal. ¡Necios de nosotros!, no nos damos cuenta del error en que estamos cuando deseamos ardientemente alcanzar una cosa, como si estuviera en nuestra mano el saber lo que mejor nos conviene. Dejamos lo cierto por lo dudoso, y al final sucede que la muerte se nos echa encima en medio de penas y trabajos. Pero basta ya de filosofías, ya estoy hablando demasiado. ¡Dioses inmortales!, ni a precio de oropel hubiera salido caro el embuste que me acabo de inventar al decir que era el esclavo del rufián. Ahora con esta carta voy a engañar a tres al mismo tiempo, al amo, al rufián y al dador de la misma. ¡Bravo, la historia se repite, otro deseo que se me cumple!: ahí veo venir a Calidoro que trae a quien sea consigo.

#### ESCENA CUARTA CALIDORO, CARINO, PSÉUDOLO

CALIDORO: (A Carino.) Dulzuras y amarguras, ya te he dado cuenta de todo, ya estás al tanto de mis amores, de

mis dificultades, de mis escaseses.

CARINO: Lo tengo todo presente; tú ahora no tienes más que decirme qué es lo que quieres que haga.

CALIDORO: Yo te he dicho entre otras cosas [...].

CARINO: Lo sé todo, te digo; tú sólo dime qué es lo que quieres que haga.

CALIDORO: Pséudolo me ha dado la orden de que le trajera una persona activa, diligente y bien dispuesta para

conmigo.

CARINO: Pues has cumplido muy bien sus órdenes, porque en mí tienes un amigo y una persona que te quiere

bien; pero ese Pséudolo que dices no sé yo quién es.

CALIDORO: Es un tipo que ni pintado, y para mí, lo que se dice un factótum. Él me ha asegurado que llevará a cabo

lo que te dije.

PSÉUDOLO: Verás en qué forma tan subida le voy a hablar.

CALIDORO: ¿De quién es esa voz que oigo?

PSÉUDOLO: ¡Ío, ío, oh, mi soberano, a ti, a ti te busco, yo, Pséudolo, tu esclavo!: yo te daré tres veces, en tres

dones, en tres porciones, de tres maneras, tres satisfacciones, por tres caminos tres alegrones, alevosamente conseguidos de tres cretinos, a fuerza de embustes, de astucia y ser ladino. Aquí, aquí en

este insignificante lacrado memorial, te traigo todo lo dicho.

CALIDORO: ¡El es!

CARINO: ¡Qué bien sabe parodiar el tono trágico el muy bribón!

PSÉUDOLO: Avanza hacia mí a la par mía, alarga tranquilo, tu mano y dame la bienvenida.

CALIDORO: ¿Bajo qué nombre te debo saludar, Pséudolo, debo llamarte mi Esperanza, o mi Salvación?

PSÉUDOLO: Las dos cosas.

Salud, "Lasdoscosas". Pero ¿cómo van los asuntos? CALIDORO:

PSÉUDOLO: Tú tranquilo.

CALIDORO: Mira, aquí he acarreado a éste. PSÉUDOLO: ¿Qué, que lo has acarreado?

CALIDORO: Bueno, que lo he traído conmigo, quise decir.

PSÉUDOLO: ¿Y quién es? CALIDORO: Carino.

PSÉUDOLO: ¡Bravo!, te hago gracia del tal Carino.

CARINO: Puedes mandarme tranquilamente lo que quieras, si se te ofrece algo. PSÉUDOLO: Gracias, gracias, no te molestes, Carino, no vamos a incomodarte.

CARINO: ¿Vosotros incomodarme? No es molestia ninguna.

PSÉUDOLO: Bueno, pues entonces quédate, si quieres.

CALIDORO: (Al ver la carta que tiene Pséudolo.) ¿Qué es eso? PSÉUDOLO: Acabo de hacerme con esta carta y con una contraseña.

CALIDORO: ¿Contraseña?, ¿qué contraseña?

PSÉUDOLO: La contraseña que ha sido traída ahora mismo de parte del militar. Acabo de pegársela al esclavo que la traía. Trae también cinco minas, venía a llevarse a tu amiga.

CALIDORO: ¿Cómo?

PSÉUDOLO: Oye, tú, la comedia esta se representa para los espectadores: ellos lo saben, que estaban presentes; a vosotros os lo contaré después.

CALIDORO: Y ahora ¿qué hacemos?

PSÉUDOLO: Hoy mismo tendrás a tu amiga libre entre tus brazos.

CALIDORO: ¿Yo?

PSÉUDOLO: Tú mismo en persona, digo, si los dioses me dan vida con tal de que me encontréis un sujeto a toda

prisa.

CARINO: ¿De qué facha?

PSÉUDOLO: Un bribón, un hombre astuto, avisado, alguien que, una vez puesto en camino, sepa luego tomar

resoluciones propias; y además, que no haya sido visto por aquí.

CARINO: ¿Importa si es un esclavo?

PSÉUDOLO: Todo lo contrario: prefiero con mucho que no sea un hombre libre.

CARINO: Yo creo que te puedo proporcionar un individuo pillo y ladino, que acaba de llegar de Caristo: de parte

de mi padre y no ha salido hasta ahora de casa a parte ninguna ni ha estado nunca en Atenas antes del

día de aver.

PSÉUDOLO: Estupendo. Pero yo necesito encontrar hoy cinco minas prestadas, que devolveré hoy mismo porque el

padre de éste (Calidoro) está en deuda conmigo.

CARINO: Yo te las daré, no las busques por otra parte.

PSÉUDOLO: ¡Oh, qué hombre tan oportuno! También necesito una clámide, una espada y un sombrero de viaje.

CARINO: Yo te lo puedo prestar.

PSEUDOLO: ¡Dioses inmortales, este hombre me está resultando no Carino ni carencia, sino la Abundancia en

persona! Pero ese esclavo de Caristo que dices ¿es de fino olfato?

CARINO: En cuanto a olfato, es a chotuno a lo que le apestan los sobacos.

PSÉUDOLO: Debe llevar una túnica con mangas. Y ¿tiene sal el tipo ese?

CARINO: Por arrobas.

PSÉUDOLO: Y si es dulzura lo que se necesita, ¿es también capaz de suministrarla?

CARINO: ¡Qué pregunta!: vino mirrado o de pasas, mosto, hidromiel, miel de toda clase; más aún, es que una

vez hasta quiso poner por eso una taberna en sus adentros.

PSEUDOLO: ¡Bravo! me pagas en la misma moneda, Carino. Pero ¿cómo se llama el tipo?

CARINO: Simia.

PSÉUDOLO: ¿Sabe coger las vueltas en una situación difícil?

CARINO: Y más deprisa que un trompo. PSÉUDOLO: ¿Tiene buenas explicaderas?

CARINO: En especial para salir con bien de sus muchas trapisondas.

PSEUDOLO: ¿Y cuando le cogen con las manos en la masa?

CARINO: Es como una anguila: se escurre.

PSÉUDOLO: ¿Tiene decisión?

CARINO: Una decisión del pueblo no es más decidida que la suya. PSÉUDOLO: ¡Qué tipo tan estupendo, tal como me lo describes!

CARINO: Pues si supieras, verás, nada más que echarte la vista encima te explicará él mismo qué es lo que

quieres. Pero, ¿qué es lo que piensas hacer?

PSEUDOLO: Yo te lo diré. Una vez disfrazado, le haré pasar por el esclavo del militar; él traerá la contraseña esta al

rufián juntamente con las cinco minas, y se llevará a la joven de la casa del rufián ahí tienes toda la historia. Por lo demás, los detalles de su actuación se los explicaré a él mismo.

CALIDORO: ¿Qué hacemos aquí entonces?

PSÉUDOLO: Traedme en seguida al tipo ese disfrazado como corresponde a casa del banquero Esquines, pero daos

prisa.

CALIDORO: Allí estaremos antes que tú.

PSÉUDOLO: Marchaos entonces rápido. (Se van.) Disipadas han quedado todas mis dudas y mis incertidumbres,

ahora está todo transparente, ahora tengo la mente clara; el camino está libre. Yo conduciré todas mis legiones en orden bajo sus enseñas: con el vuelo de los pájaros a la izquierda, bajo auspicios que no dejan lugar a dudas y conforme a mis deseos, estoy seguro de que podré perder a mis enemigos. Ahora me voy al foro para cargar a Simia con un buen fardo de advertencias: le explicaré cuál es su cometido, que no dé algún traspiés, para que sea sabio portador de nuestra trapisonda. Verás qué

pronto tomo al asalto la ciudadela rufianesca.

#### ACTO III ESCENA PRIMERA UN JOVEN ESCLAVO

**ESCLAVO:** 

(Saliendo de la casa de Balión.) Si los dioses hacen caer a un chico en la esclavitud de un rufián y si encima resulta que es feo, realmente le afligen, en mi opinión, con una gran desgracia y con penas sin cuento. Éste es el caso de la esclavitud que me ha tocado en suerte, que pesan sobre mí toda clase de desgracias, grandes y pequeñas: no me es posible encontrar un galán que sienta predilección por mí, que fuera entonces tratado al fin de forma un poco más aparente. Y el caso es que hoy es el cumpleaños del rufián este: nos ha amenazado a todos desde el más empingorotado hasta el último de la casa, con que el que no le hiciera un regalo en el día de hoy, perecería mañana con la peor de las torturas. Yo, en serio que no sé cómo arreglármelas; yo no puedo lo que pueden los que están hechos a ello. Pero si yo no le entrego hoy un regalo, tendré que tragarme mañana una buena ración de palos. ¡Ay, que mi corta edad no da todavía para ese asunto! Y, desde luego, con el miedo que tengo ahora de los palos, pobre de mí, si alguien me pone en la mano algo de peso: a pesar de que dicen que se hace a fuerza de gritos creo que podré apretar los dientes como sea; ahora lo que tengo que apretar es la boca y callarme: ahí vuelve del foro el amo con el cocinero.

### ESCENA SEGUNDA BALIÓN, UN COCINERO

BALIÓN:

Eso de decir "mercado de cocineros" es una necedad; en realidad se debía decir "mercado de ladrones". Porque en el caso de que hubiera yo jurado buscar un cocinero malo de verdad, no hubiera podido traer otro peor que el que traigo, un charlatán, un majadero, un inútil. Como que yo creo que el Orco no se le ha querido llevar a su seno sólo para que hubiera aquí quien preparara la cena para los muertos, que yo creo que no hay otro más capaz de guisar a su gusto.

**COCINERO:** 

Si eras de opinión de que soy así como dices, ¿para qué me has contratado?

BALIÓN:

A falta de poder elegir: no había otro. Pero ¿por que estabas tú allí solo en el foro, siendo cocinero tú y nada más que tú?

COCINERO:

Yo te lo explicaré: la culpa de pasar por un mal cocinero no reside en mí, sino en la avaricia ajena.

BALIÓN:

¿Y eso cómo?

COCINERO:

Yo te lo diré. Pues porque nada más llegar para contratar a un cocinero, nadie va y escoge al mejor y al más caro, sino que contratan al más barato; ése es el motivo por el que era yo el único que estaba allí en el foro sentado a la espera. No tengo nada en contra de que se dejen contratar esos desgraciados por una dracma, pero lo que es a mí, no me hace nadie levantarme de mi asiento por menos de dos. Yo no trabajo como los demás cocineros, que te presentan en los platos una pradera guisada, que toman a los comensales por ganado bovino, no les ofrecen sino hierbas... y luego, eso, el condimento de las hierbas, pues otro tanto de lo mismo: le ponen cilantro, hinojo, ajo, perejil, sirven romazas, col, acelgas, bledo; le echan una libra de laserpicio, le machacan la maldita mostaza, que le hace a uno saltársele las lágrimas ya antes de ponerse a ello. Esos individuos, cuando preparan una cena, al condimentarla no la condimentan con condimentos, sino con harpías, capaces de devorar las entrañas de los comensales ya en vida. Por eso vive aquí la gente tan poco tiempo, por echarse a la andorga tal clase de hierbas, que da horror ya sólo nombrarlas, cuánto más comerlas. Eso, unas plantas que no las tocan los animales, van los hombres y se las comen ellos.

BALIÓN:

Oye, ¿es que utilizas tú condimentos mágicos con los que alargas la vida humana?, ¿a qué si no tantos denuestos contra esa otra clase de condimentos?

dendestos contra esa otra clase de condimen

Miguel Ángel Benjumea Pulido

Puedes afirmarlo con toda tranquilidad, porque hasta doscientos años pueden vivir las gentes que COCINERO: coman los manjares que vo preparo. Es que vo, nada más echar en las cazuelas el cocilendro o el cepolendro o la mácide o la saucáptide, en seguida empiezan las cazuelas a hervir de por sí. Estas hierbas las utilizo para preparar los frutos del mar; los animales terrestres los condimento con hapalópside o con cataractria.

BALIÓN: Anda y que Júpiter te confunda con tus condimentos y con toda esa serie de embustes que estás

contando.

Déjame hablar, hombre. COCINERO: BALIÓN: Habla y vete al cuerno.

COCINERO: Cuando hierven ya todas las cazuelas, las destapo todas; entonces el olor que despiden vuela hacia el

cielo a mano suelta; Júpiter mismo cena el olor ese todas las noches.

BALIÓN: El olor a mano suelta? Me he confundido. COCINERO:

BALIÓN: ¿Cómo?

COCINERO: Quise decir a pierna suelta.

Y si no vas a ninguna casa a guisar, ¿qué es lo que cena Júpiter? BALIÓN:

COCINERO: Se va a la cama sin cenar.

¡Vete al cuerno! ¿Y para eso voy a pagarte yo hoy dos dracmas? BALIÓN:

COCINERO: Yo confieso que soy un cocinero muy caro, pero conforme al precio es también la calidad de mi

trabajo en las casas a donde soy contratado.

BALIÓN: Sí eso, para robar.

COCINERO: Oye, ¿es que pretendes tú encontrar algún cocinero sin uñas de milano o de águila?

BALIÓN: ¿Y es que pretendes tú ir a cocinar a ninguna parte sin que te hagan preparar la cena con las uñas

cortadas? (A un esclavo.) Ahora, tú, a ti, que eres de los míos, te ordeno que te des prisa en quitar de en medio todas las cosas y, además, que no pierdas de vista a éste: a donde quiera que dirija él su mirada, la diriges tú también; si va hacia donde sea, tú detrás; si alarga la mano, tú otro tanto de lo mismo; si es que es algo suyo lo que coge, le dejas cogerlo, si echa mano a algo nuestro, lo agarras tú por otro lado; si da un paso, lo das tú también, si se para, tú igual, si se agacha, te agachas tú al mismo tiempo;

a sus pinches les daré también a todos un guardaespaldas particular.

No te pongas así, hombre, no seas tan pesimista. COCINERO:

BALIÓN: Dime cómo es eso posible trayéndote a ti aquí a mi casa.

Pues porque con lo que te tragues hoy aquí por obra mía verás como te ocurre igual que a Pelias con **COCINERO:** 

Medea, que con sus filtros y sus pócimas se cuenta que le volvió un pollo de un abuelo que era el

hombre. Igualito haré yo contigo.

BALIÓN: Oye, tú, pero ¿es que eres también brujo?

COCINERO: No, al contrario, una salvaguarda del género humano.

¡Anda ahí! ¿Cuánto me llevas por enseñarme una sola de tus recetas? BALIÓN:

¿Cuál? COCINERO:

BALIÓN: De cómo te puedo guardar a ti para que no me robes nada.

COCINERO: Si te fias de mí, dos dracmas; si no, no lo hago ni por cien. Pero vamos a ver: ¿es a tus amigos o a tus

enemigos a quienes vas a dar hoy una cena?

BALIÓN: Hombre, naturalmente a mis amigos.

COCINERO: ¿Y por qué no invitas mejor a tus enemigos? Porque es que yo voy a presentar a tus comensales una

cena preparada de tal forma y condimentada con una exquisitez tal, que todos y cada uno de los que

gusten de cada uno de mis platos van a tener que roerse los dedos.

BALIÓN: ¡Hércules! por favor, anda y ve, y antes de ofrecérsela a ninguno de mis invitados, pruébala tú primero

y dásela a probar a tus pinches, para que os roáis vuestras ladronas manos.

COCINERO: Me da a mí la impresión de que no me crees lo que digo.

BALIÓN: Anda y no te pongas cargante; ya es demasiado lo que estás cascando, cierra el pico. Mira, ésa es mi

casa; entra y prepara la cena. Date prisa.

¡Ponte a la mesa y llama a los comensales, que se pasa la cena! COCINERO:

BALIÓN: Ahí tienes; de tal palo tal astilla, el lameplatos este se porta ya también como un pícaro. Desde luego,

> no sé por donde empezar a vigilar: la casa está ya llena de ladrones, y aquí al lado (la casa donde vive Pséudolo.) hay un bandido; el vecino de aquí, el padre de Calidoro, no ha parado de advertirme antes en el foro que tuviera cuidado con su esclavo Pséudolo y que no me fiara de él, porque dice que anda dando vueltas hoy para, si puede, birlarme a la joven. Me ha dicho que le ha prometido firmemente que se llevará de mi casa a Fenicio por malas artes. Ahora me voy para dentro y avisaré a toda mi

gente que no se fien un pelo de él. (Entra en casa.)

#### ACTO IV ESCENA PRIMERA PSÉUDOLO, SIMIA

PSÉUDOLO: (Hablando con Simia, sin darse cuenta de que no le sigue.) Si ha sido jamás voluntad de los dioses inmortales el socorrer a alguien, entonces es cosa hecha que quieren mi salvación y la de Calidoro, así como también la ruina del rufián; para mi socorro te crearon ellos a ti, un hombre tan avisado y tan astuto. (Volviéndose a mirar.) Pero ¿dónde está éste?, ¿pues no seré necio de estarme relatando todo esto a mí mismo? ¡Hércules!, me parece que me ha engañado; siendo los dos tal para cual, he andado con poca precaución con él. Entonces desde luego estoy perdido, si es que se ha largado, ni podré dar hoy cima a mi empresa. Pero mira, ahí lo veo, una estatua a propósito para ser apaleada; ¡qué forma de marchar, con qué aires avanza! ¡Eh, tú, estaba venga mirar por todas partes buscándote, por Hércules! Ya pensaba horrorizado, si te habías escurrido.

SIMIA: Confieso que en ese caso no hubiera hecho sino lo que me corresponde.

PSÉUDOLO: ¿Dónde te habías metido? SIMIA: Donde me ha dado la gana. PSÉUDOLO: Eso me lo tengo bien sabido.

¿Para qué preguntas entonces lo que sabes? SIMIA:

PSÉUDOLO: A ver, que quiero darte unos avisos.

SIMIA: Déjate de dar avisos a los demás estando tú necesitado de ellos.

PSÉUDOLO: Oye, tú, te pones demasiado insolente conmigo.

SIMIA: ¿Cómo no me voy a poner insolente teniendo que hacer de militar?

PSÉUDOLO: Es que estoy con prisas de dar ya cima a nuestro plan.

SIMIA: ¿Y es que acaso ves que hago otra cosa? PSÉUDOLO: Pues venga, muévete con más ligereza.

SIMIA: No, sino despacito.

PSÉUDOLO: Ahora es la ocasión; mientras que el otro duerme, quiero que te adelantes tú a presentarte.

SIMIA: ¿A qué tantas prisas?, calma, tú tranquilo. Júpiter haga que aparezca también allí, sea quien sea, el que

viene de parte del militar: yo te juro que jamás de los jamases será el otro más Hárpax que yo. Tú no te apures, que yo te daré este asunto solucionado de maravilla, y al soldado ese forastero le voy a dejar tan achantado a fuerza de imposturas y de embustes, que va a negar que es el que es y a asegurar que

soy yo quien es él.

PSÉUDOLO: ¿Cómo puede ser eso? SIMIA: ¡Me matas con tu pregunta! PSÉUDOLO: ¡Qué tipo tan estupendo!

SIMIA: Hasta a ti, que eres mi maestro, te voy a dejar atrás con mis imposturas y mis embustes, para que lo

PSÉUDOLO: ¡Júpiter te guarde para bien mío!

No, sino para el mío. Pero echa una mirada para acá: ¿me cae bien el disfraz este? SIMIA:

PSÉUDOLO: ¡Fenomenal!

SIMIA: Vale.

PSÉUDOLO: Que los dioses inmortales te concedan, todos los bienes que desees, que si quisiera que te den lo que te

mereces, sería menos que nada; yo no he visto en mi vida un tipo más malo y más resabiado que éste.

SIMIA: Conque tú te atreves a decirme eso a mí, ¿eh?

PSÉUDOLO: Me callo. Pero ¡si supieras la forma en que te voy a recompensar si me solucionas el asunto este con la

debida circunspección!

SIMIA: ¡Calla ya! Hacer recordar a quien recuerda, borra el recuerdo a quien recordaba. Estoy al tanto, lo

conservo todo en mi caletre, tengo muy bien pensados todos los embustes.

PSÉUDOLO: ¡Qué tipo más bueno!

SIMIA: Eso, a decir verdad, ni tú ni yo.

PSÉUDOLO: Pero mira que no vayas a dar algún tropezón.

SIMIA: ¿Acabarás por callarte?

PSÉUDOLO: Los dioses me bendigan como...

SIMIA: No te van a bendecir, porque no vas a decir más que mentiras.

PSEUDOLO: ...es verdad, Simia, que te aprecio y te respeto y te tengo en alta estima por tu perfidia.

SIMIA: Mira, esas canciones me sé yo muy bien cantárselas a los demás; a mí no me puedes hacer tragar tanta

carantoña.

Miguel Ángel Benjumea Pulido

PSÉUDOLO: Tú no te puedes figurar lo bien que te voy a tratar cuando hayas dado cima a esta empresa...

SIMIA: ¡Ja, ja, ja!

PSÉUDOLO: ...lo que se dice a pedir de boca: vino, perfumes, buenas presas acompañando las bebidas; además

tendrás allí también a una joven guapa, que te colmará de besos.

¡Anda que no me regalas bien! SIMIA:

PSÉUDOLO: No, pues si lo llevas todo a buen término, entonces sí que lo vas a poder decir.

SIMIA: Si no lo consigo caiga sobre mí la mano del verdugo. Pero venga, dime cuál es la puerta del rufián.

PSÉUDOLO: Ahí, la que hace la tercera. ¡Chis, calla, se abre la casa! SIMIA: PSÉUDOLO: Seguro que es que se siente mal.

¿Por qué? SIMIA:

PSÉUDOLO: Porque vomita al rufián en persona.

SIMIA: ¿Es ése? PSÉUDOLO: Ése es.

Mala pieza es, Pséudolo, fijate cómo anda de través, no derecho: ni que fuera un cangrejo. SIMIA:

### ESCENA SEGUNDA BALIÓN, PSÉUDOLO, SIMIA

BALIÓN: Pues no parece este hombre tan malo como pensaba, el cocinero este, digo, porque hasta ahora no le ha

echado el garfio más que a una venencia y una copa.

PSÉUDOLO: (A Simia.) ¡Eh, tú, ahora es la ocasión y el momento oportuno.

Sov de tu misma opinión. SIMIA:

PSÉUDOLO: Mucha vista y adelante; yo me quedo aquí al acecho.

(En voz alta.) Me he quedado bien con el número: ésta es la travesía que hace el número seis a partir SIMIA:

de la puerta de la ciudad, aquí es donde me había mandado parar; pero del número que me dijo que

hacía la casa, de eso no tengo ni idea.

BALIÓN: (Aparte.); Quién es ese tipo de la clámide, o de dónde viene, o a quién buscará? Parece forastero, yo

por lo menos no le conozco.

Pero mira, ahí veo a quien me pueda dar razón de lo que no sé. SIMIA: BALIÓN: Viene derecho a mi casa: ¿de dónde podrá ser el individuo este? ¡Eh, tú, el de la barba de chivo, contéstame a lo que te pregunto! SIMIA:

BALION: Oye, tú, ¿no saludas para empezar? Yo no tengo saludo ninguno que dar. SIMIA:

**BALIÓN:** Pues te juro que te voy a pagar en la misma moneda.

PSÉUDOLO: (Aparte.) ¡Qué comienzo tan bueno!

SIMIA: A ver, ¿conoces tú un individuo aquí en esta calle? ¡A ti te digo!

BALIÓN: Sí, yo a mí mismo.

SIMIA: Pocos son los que hacen eso que dices, que en el foro apenas habrá uno de diez que se conozca a sí

PSÉUDOLO: (Aparte.) Estoy salvado, se pone a filosofar.

SIMIA: Yo busco aquí a una mala persona, un tipo que acostumbra a saltarse las leyes, un impío, un perjuro y

un malvado.

BALIÓN: (Aparte.) Este me busca a mí, porque todos esos son mis apodos: no le falta más que decir mi nombre.

(En voz alta.) ¿Y cómo se llama ese hombre?

SIMIA: El rufián Balión.

BALIÓN: ¿No lo decía yo? Joven, yo soy el que buscas en persona.

¿Que tú eres Balión? SIMIA: BALIÓN: Efectivamente, yo lo soy.

SIMIA: A juzgar por tu vestimenta, se diría que eres un butronero.

BALIÓN: Desde luego, y tú, si dieras conmigo en la oscuridad, no me pondrías la mano encima, ¿no?

SIMIA: Mi amo me ha dado el encargo de saludarte de su parte. Toma esta carta, que me la dio para que te la

entregara.

**BALIÓN:** ¿Quién es el que te ha dado el encargo?

PSÉUDOLO: (Aparte.) ¡Ay de mí!, ahora se ha quedado atrancado, no sabe el nombre, ahora no hay por donde tirar.

BALIÓN: ¿Quién es el que dices que me envía esta carta?

Comprueba el sello; dime tú mismo el nombre para que sepa yo que tú eres Balión. SIMIA:

**BALIÓN:** ¡Oh, es Polimaqueroplágides!, el mismo que viste y calza; le reconozco; ¡eh, tú, su nombre es I.E.S. "Isidro de Arcenegui y Carmona"

Polimaqueroplágides!

SIMIA: Ahora ya tengo la certeza de que está bien entregada la carta, después que has dicho el nombre de

Polimaqueroplágides.

BALIÓN: ¿Oué tal le va?

SIMIA: Como a un hombre valiente y a un guerrero de primera. Pero date prisa a leer la carta, por favor, que

ando apurado, y a recibir en seguida el dinero y entregarme a la joven. Porque una de dos, o estoy hoy

de vuelta en Sición, o muerto soy mañana, que mi amo es un hombre muy despótico.

BALIÓN: Lo sé, no me lo tienes que decir.

SIMIA: Venga, date prisa, pues, en leer la carta.

BALIÓN: Calla entonces, que pueda hacerlo: "El militar Polimaqueroplágides envía esta carta al rufián Balión,

sellada con el sello que fue concertado entre los dos".

El sello va en la carta. SIMIA:

BALIÓN: Ya lo veo y lo reconozco. Pero ¿no acostumbra tu amo a encabezar la carta con un saludo?

Ésa es la forma de ser de los militares. Balión: de su mano dan la salud a sus amigos y de su mano la SIMIA:

perdición a sus enemigos; pero sigue, que te enteres tú por ti mismo de qué es lo que pone la carta.

BALIÓN: Escucha, pues: "Hárpax, mi criado es quien tienes ante ti...", ¿eres tú Hárpax?

SIMIA: Yo soy Hárpax, y no sólo de nombre.

BALIÓN:" ... que es el portador de esta misiva; de él quiero que recibas el dinero y que me envíes con él a la

joven. A personas que lo merecen se les debe de escribir un saludo; yo, si te considerara digno de ello

lo hubiera hecho".

SIMIA: Entonces ¿qué?

BALIÓN: Nada, entrégame el dinero y llévate a la joven.

¿Eres tú o soy yo el que no anda listo? SIMIA:

BALION: Venga, sígueme adentro.

SIMIA: De acuerdo. (Entran en casa de Balión.)

### ESCENA TERCERA PSÉUDOLO

PSÉUDOLO: Yo no he visto nunca jamás un tipo más malo ni un pillo más ladino que este Simia; yo mismo tengo miedo y me estremezco de pensar que vaya a traicionarme a mí lo mismo que lo ha hecho con el otro, que viendo que le sale todo a pedir de boca vaya a tornar los cuernos contra mí, si encuentra ocasión de hacer una mala pasada, pero espero que no, porque yo estoy a buenas con él. Ahora es triple el

miedo que me acosa: en primer lugar, temo a este mi compinche, no me vaya a traicionar y se pase al enemigo; tengo miedo, no sea que vuelva entre tanto el amo del foro y vayan a ser capturados los piratas con su captura; y, al temer esto, temo también no vaya a volver el otro Hárpax antes de que este Hárpax se largue de aquí con la joven ¡Hércules, muerto soy, no acaban de salir! (de casa de Balión). Mi corazón está a la espera con el hato hecho para salirse de mi pecho en dirección al exilio, si el otro

no sale trayendo a la joven consigo. (Al ver abrirse la puerta.) ¡Mía es la victoria, he quedado por

encima de mis avisados guardianes!

#### SIMIA, PSÉUDOLO, FENICIO ESCENA CUARTA

No llores, Fenicio, tú no sabes la verdad de las cosas, pero ya verás cómo te enteras dentro de muy SIMIA:

> poco, cuando estés a la mesa. Yo no te llevo al macedonio ese de los dientes, que te hace ahora llorar, sino a quien estás tú deseando pertenecer con toda tu alma; verás cómo vas a verte sin tardar en los

brazos de Calidoro.

PSÉUDOLO: Por favor, ¿qué has hecho tanto tiempo ahí dentro?; tengo el corazón molido a fuerza de darme saltos

en el pecho.

SIMIA: Miserable, ¿te parece bonita la ocasión para andarte con preguntas en medio de las asechanzas del

enemigo? Vámonos de aquí rápido, a paso militar.

PSÉUDOLO: Desde luego, te juro que, a pesar de que eres un pillo, tienes razón con tu advertencia. ¡Victoria,

adelante, derechos a empinar el codo! (Se van.)

#### BALIÓN ESCENA QUINTA

BALIÓN: ¡Ja, ja, ja! Al fin puedo descansar tranquilo, una vez que se marchó ése de aquí y se llevó a la joven.

Anda, que venga ahora el bribón de Pséudolo para birlármela con sus patrañas. Hércules, jurar en falso

I.E.S. "Isidro de Arcenegui y Carmona"

mil veces preferiría que no que me engañara y se burlara de mí. Ahora seré yo quien me ría de él, si le veo; pero seguro que parará en el molino, como estaba convenido. Lo que sí me gustaría es encontrarme con Simón, para congratularnos mutuamente.

### ESCENA SEXTA SIMÓN, BALIÓN

SIMÓN: Voy a ver qué es lo que hace nuestro Ulises, a ver si es que se ha hecho ya con la imagen de la diosa de

la ciudadela "baliónica".

BALIÓN: ¡Oh afortunado, alarga esa afortunada diestra!

SIMÓN: ¿Qué es lo que ocurre?

BALIÓN: Ya... SIMÓN: ¿Ya qué?

BALIÓN: ...no tienes nada que temer.

SIMÓN: ¿Qué pasa?, ¿ha estado ya aquí el otro?

BALIÓN: No.

SIMÓN: ¿Qué es entonces lo que hay de bueno?

BALIÓN: Sanas y salvas son las veinte minas que te habías apostado con Pséudolo.

SIMÓN: Hércules, ojalá que así fuera.

BALIÓN: Exígeme veinte minas si Pséudolo se apodera hoy de la joven, o si, como ha prometido, se la entrega a

tu hijo. Venga, por favor, hazme la propuesta que me deshago por prometértelas, para que te enteres de

que tienes de todas todas el dinero a salvo; y encima te doy una joven de regalo.

SIMÓN: Tal como te expresas, no veo riesgo ninguno, que yo sepa, en hacer el trato: ¿te apuestas veinte minas?

BALIÓN: Sí, me las apuesto.

SIMÓN: Esto, desde luego, no ha sido mal negocio. Pero, ¿le has visto a él?

BALIÓN: A los dos juntos.

SIMÓN: ¿Y qué dice?, ¿qué cuenta?, di, ¿qué es lo que te ha dicho?

BALIÓN: Pamplinas propias del teatro, las cosas que se les suelen decir a los rufianes en las comedias, que se las

saben hasta los chiquillos; decía que soy un malvado, y un criminal, y un perjuro.

SIMÓN: Te juro que no ha mentido.

BALIÓN: Yo, ni enfadarme siquiera, porque ¿qué se saca con decir injurias a quien se queda tan fresco y no se

toma el trabajo de desmentirlas?

SIMÓN: ¿Y cuál es el motivo por el que no necesito tener miedo de él? De eso es de lo que quiero enterarme.

BALIÓN: Pues porque ni se llevará a la joven ni es posible que se la lleve. ¿Te acuerdas tú que te dije no hace

mucho que se la había vendido a un militar macedonio?

SIMÓN: Sí que lo recuerdo.

BALIÓN: Pues un esclavo suyo me ha traído el dinero y una carta con la contraseña...

SIMÓN: Y luego ¿qué?

BALIÓN: ...que había sido convenida entre el militar y yo: él se acaba de llevar a la joven ahora mismo.

SIMÓN: ¿Palabra de honor?

BALIÓN: ¿Honor?, ¿de dónde lo voy a sacar?

SIMÓN: Mira no vaya a ser que te haya hecho alguna zalagarda.

BALIÓN: La carta y la imagen del sello no me dejan lugar a dudas; más aún: acaba de sacar de la ciudad a la

chica camino de Sición.

SIMÓN: ¡Estupendo! ¿A qué dudo ahora de hacer inscribir a Pséudolo en la Colonia del Molino? Pero, ¿quién

es ese tipo de la clámide?

BALIÓN: Pues no lo sé; pero vamos a observar a dónde se dirige y qué es lo que pretende.

### ESCENA SÉPTIMA HÁRPAX, BALIÓN, SIMÓN

HÁRPAX: Malo y redomado tiene que ser uno que siendo esclavo no tiene en nada la autoridad de su amo, y así

mismo es un inútil el que se olvida de cumplir con sus obligaciones como no sea que se las recuerden. En efecto, los que se hacen la ilusión de que son libres en cuanto que escapan a las miradas del amo, y se dedican a la buena vida, a frecuentar los malos lugares, a tragarse lo que poseen, tienen que llevar como consecuencia largo tiempo el nombre de esclavos. No tienen cualidades más que para portarse de mala manera. Yo, con gente de esa clase no quiero trato ni conversación ninguna, ni me he contado nunca en el número de sus conocidos. Yo, cuando se me ordena algo, aunque el amo esté ausente, para mí es como si no lo estuviera, y le temo ahora, cuando no está, para no tener que temerle cuando esté.

Voy a cumplir su encargo. Porque he estado hasta ahora en la fonda, esperando a Siro, a quien le di la contraseña, como él me había dicho. Decía que iría a buscarme cuando el rufián estuviera en casa, pero, visto que no viene a llamarme, vengo yo por mi cuenta aquí, para enterarme qué es lo que pasa, no sea que me vaya a tomar el pelo. Lo mejor es llamar a la puerta, para que salga alguien de la casa; quiero que el rufián reciba este dinero y deje venir conmigo a la joven.

BALIÓN: (A Simón.) Oye, tú. SIMÓN: ¿Que quieres?

BALIÓN: Con este tipo me hago yo.

SIMÓN: ¿Por qué, pues?

BALIÓN: Porque aquí hay botín para mí: busca una fulana, tiene dinero; no sabes las ganas que me están

entrando de pegarle un mordisco.

SIMÓN: ¿Es que piensas comértelo?

BALIÓN: Mientras que está fresquito, cuando aún está caliente, mientras que lo tienes a la mano hay que

tragárselo; las buenas personas me llevan a la miseria, los malos me enriquecen; para el pueblo son de

provecho las gentes de orden, para mí, los pillos.

SIMÓN: Los dioses te confundan: ¡mira que eres malvado!

HÁRPAX: Pierdo el tiempo con no llamar a la puerta para cerciorarme si es que Balión está en casa.

BALIÓN: Venus es quien me concede estos bienes al traerme aquí a estas gentes que huyen del propio provecho,

deseosos de arruinarse, que se dedican a la buena vida, comen, beben, se echan amigas; esos son de otra condición que tú, que ni quieres gozar tú de la vida ni miras con buenos ojos a los que gozan de

ella.

HÁRPAX: (Llamando a la puerta.) ¡Eh!, ¿dónde estáis? BALIÓN: Éste viene pero que derechito a mi casa.

HÁRPAX: ¡Eh! ¿dónde estáis?

BALIÓN: Eh, joven, ¿qué es lo se te debe en esta casa. (Por lo bajo.) Buen botín voy a sacar yo de éste; ya lo

sabía yo, los presagios me son favorables.

HÁRPAX: Yo busco la casa del rufián Balión. BALIÓN: Seas quien seas, joven, cesa de buscar.

HÁRPAX: ¿Por qué?

BALIÓN: Porque le tienes frente a frente.

HÁRPAX: (A Simón, señalándole con el dedo.) ¿Eres tú Balión?

SIMÓN: Tú, el de la clámide, que te la vas a ganar, dirige tu dedo hacia ahí (*Balión*), ése es el rufián.

BALIÓN: Y éste (Simón), una persona honorable. Pero, con toda tu honorabilidad, te hacen reclamaciones a

gritos tus acreedores en el foro, cuando no encuentras por ninguna parte un céntimo, como no sea que

aquí el rufián venga en tu ayuda.

HÁRPAX: ¿Por qué no me atiendes?

BALIÓN: Sí que te atiendo, ¿qué es lo que quieres?

HÁRPAX: Entregarte un dinero.

BALIÓN: Ya hace un rato estoy alargando la mano por si me das algo.

HÁRPAX: (Dándole la bolsa.) Ten; aquí están las cinco minas de plata contantes y sonantes que me ha mandado

traerte mi amo Polimaqueroplágides, que te las debía y para que le envíes conmigo a Fenicio.

BALIÓN: ¿Tu amo...

HÁRPAX: Sí, mi amo.

BALIÓN: ...el militar...

HÁRPAX: Eso, el militar.

BALIÓN: ...Macedonio.

HÁRPAX: Que sí, digo.

BALIÓN: ...Polimaqueroplágides es el que te ha enviado aquí...

HÁRPAX: Exacto.

BALIÓN: ...para que me entregaras este dinero? HÁRPAX: Si es que tú eres el rufián Balión. BALIÓN: ¿Y para que te llevaras a una joven?

HÁRPAX: Eso.

BALIÓN: ¿Dijo que era Fenicio? HÁRPAX: Estás en lo cierto.

BALIÓN: Espera, ahora mismo vuelvo.

HARPAX: Pero date prisa, que también la tengo yo: estás viendo que va ya muy avanzado el día.

2º Bachillerato:P Curso 2024-25 Miguel Ángel Benjumea Pulido I.E.S. "Isidro de Arcenegui y Carmona"

BALIÓN: Sí que es verdad; quiero que éste (señalando a Simón) también esté presente. Tú estáte ahí, ahora

mismo estoy contigo. ¿Qué ocurre ahora, Simón, qué hacemos?, tengo cogido in fraganti a este

hombre que me ha traído el dinero.

SIMÓN: ¿Por qué, pues?

BALIÓN: Pero bueno, ¿es que no te das cuenta de qué se trata? SIMÓN: Tanto como uno que está absolutamente en ayunas.

BALIÓN: Tu esclavo Pséudolo ha mandado aquí a este sujeto como si viniera de parte del militar macedonio.

SIMÓN: ¿Tienes tú va el dinero?

BALIÓN: ¿Pero preguntas una cosa que estás viendo?

SIMÓN: Oye, tú, acuérdate, pues, de darme la mitad del botín: hay que repartirlo entre los dos.

¿Qué dices, maldición? Eso es todo tuyo. BALIÓN:

HÁRPAX: A ver cuando me atiendes.

BALIÓN: Si te estoy atendiendo. ¿Qué me aconsejas ahora, Simón?

SIMÓN: Vamos a tomarle el pelo al emisario este de pega, hasta que él mismo termine por darse cuenta que nos

burlamos de él.

BALIÓN: Ven conmigo. (A Hárpax.) A ver, tú: o sea que tú eres el esclavo del militar.

HÁRPAX: Exacto.

BALIÓN: ¿Por cuanto te ha comprado?

HÁRPAX: Por una victoria alcanzada por la fuerza de su brazo en una batalla; porque yo era en mi patria general

BALIÓN: ¿Es que ha tomado una vez por asalto la cárcel, o sea, tu patria? HÁRPAX: Si empiezas a decirme injurias, vas a tener que oírlas tú también.

BALIÓN: ¿Cuántos días has tardado en venir de Sición aquí?

HÁRPAX: Día y medio.

BALIÓN: ¡Hércules! Has ido a un buen paso.

SIMÓN: Este hombre puede ser todo lo rápido que quieras: no tienes más que mirar sus pantorrillas, enseguida

te percatas de que puede... llevar unos grillos bien gruesos.

BALIÓN: Oye, cuando chico ¿acostumbrabas a acostarte en una cuna?

SIMÓN: ¡Claro que sí!

BALIÓN: Y también acostumbrabas a hacer... ya sabes a lo que me refiero.

SIMÓN: ¡Y tanto que acostumbraba! HARPAX: ¿Estáis en vuestro juicio?

BALIÓN: A ver, una pregunta: cuando el militar salía de noche de guardia, cuando tú ibas con él, ¿entraba bien

la espada del militar en tu vaina?

HÁRPAX: ¡Vete a la horca!

BALIÓN: Tú sí que vas a ir hoy sin mucho tardar.

HÁRPAX: ¿Por qué no me entregas a la joven? O si no, devuélveme al dinero.

BALIÓN: Espera.

HÁRPAX: ¿A que voy a esperar?

BALIÓN: Dime por cuánto has alquilado la clámide esa que llevas.

HÁRPAX: ¿Qué quieres decir con eso? SIMÓN: Y la espada, ¿cuál es su precio?

A éstos les falta una buena ración de eléboro. HÁRPAX:

BALIÓN: Oye, tú (dándole con la mano.).

HÁRPAX: ¡Quita!

BALIÓN: ¿Qué ganancia le proporciona hoy ese sombrero de viaje a su propietario?

HÁRPAX: ¿Qué es eso de "propietario"? ¿estáis soñando? Todo esto que llevo me pertenece, lo he comprado de

mi peculio.

BALIÓN: Claro, del que llevas en la parte superior de los muslos.

HÁRPAX: Estos viejos se han untado de aceite, y ahora quieren que se les dé un buen masaje al uso antiguo.

BALIÓN: ¡Hércules!, por favor, contesta en serio a mi pregunta: ¿cuál es tu salario?, ¿por cuánto dinero te ha

contratado Pséudolo?

HÁRPAX: ¿Ouién es ese Pséudolo?

BALIÓN: Tu maestro, el que te ha instruido en esta impostura para que te llevaras de aquí con tus engaños a la

HÁRPAX: ¿Qué Pséudolo es ése del que hablas ni qué son esos engaños? Yo no tengo ni idea de quién es ese

hombre.

urso 2024-25 Literatura Lati

BALIÓN: ¿No te largas? Para impostores no hay aquí ninguna clase de ganancia; o sea que vas y le comunicas a

Pséudolo que otro, Hárpax, le ha cogido la delantera y se ha llevado el botín.

HÁRPAX: ¡Pero yo soy ese Hárpax!

BALIÓN: No, sino que pretendes serlo; éste es un impostor de cuerpo entero.

HÁRPAX: Yo te he entregado a ti el dinero y antes, cuando llegué, le entregué en seguida la contraseña a tu

esclavo, una carta sellada con el retrato de mi amo, aquí a la puerta.

BALIÓN: ¿Qué tú le has dado una carta a un esclavo mío?, ¿a cuál?

HÁRPAX: A Siro.

BALIÓN: Qué hombre tan bandido este Pséudolo, con qué habilidad ha compuesto su embuste; le ha dado a éste

la cantidad que debía el militar y le ha disfrazado para que se llevara a la joven, porque la carta esa me

la ha entregado a mí el Hárpax auténtico.

HÁRPAX: Hárpax me llamo yo, yo soy el esclavo del militar macedonio, yo no soy ni un impostor ni un

malhechor, ni conozco ni sé quién es ese Pséudolo que decís.

SIMÓN: Tú, rufián, milagro si no es que te has quedado sin la joven.

BALIÓN: Te juro que al oírle me lo estoy temiendo de más en más; te juro que ya hace un rato que me está

produciendo escalofríos el Siro ese que ha recibido de aquí (Hárpax) la contraseña; milagro si no es

que es Pséudolo en persona. ¡Eh, tú!, ¿cómo era ése al que le diste la contraseña?

HÁRPAX: Pelirrojo, barrigudo, gordas las pantorrillas, la piel un poco oscura, la cabeza gorda, ojos penetrantes,

coloradete, unos pies enormes.

BALIÓN: Me has matado con eso de los pies, era Pséudolo en persona. Estoy perdido. Simón, me siento morir.

HÁRPAX: Te juro que no te dejaré morir si no se me devuelve el dinero, o sea, las veinte minas.

SIMÓN: Y otras veinte minas a mí.

BALIÓN: (A Simón.) ¿Vas a sacarme una cantidad que te prometí en broma?

SIMÓN: Tratándose de malas personas, no hay nada que impida cogerles la ganancia y el botín que sea.

BALIÓN: Pues entrégame a Pséudolo, por lo menos.

SIMÓN: ¿A Pséudolo te voy yo a entregar?, ¿qué delito ha cometido?, ¿no te avisé cien veces que tuvieras

cuidado con él?

BALIÓN: Ha sido mi ruina.

SIMÓN: Pues a mí sólo me ha multado con veinte minas.

BALIÓN: ¿Qué hago ahora?

HÁRPAX: Una vez que me hayas devuelto mi dinero, puedes colgarte. BALIÓN: ¡Los dioses te confundan! Sígueme al foro, que te pague.

HÁRPAX: Voy.

SIMÓN: ¿Y yo, qué?

BALIÓN: Primero despacharé a los forasteros, mañana me ocuparé de los ciudadanos. Pséudolo ha obtenido de

los comicios centuriados mi cabeza. (A Hárpax.) Ven conmigo. (Al público.) No esperéis que vuelva a

casa por aquí; después de lo ocurrido, daré la vuelta para entrar por la puerta falsa.

HÁRPAX: Si anduvieras tanto como charlas, ya estarías en el foro.

BALIÓN: Cosa hecha, voy a cambiar el día de mi natalicio por el de mi muerte. (Se va con Hárpax.)

#### ESCENA OCTAVA SIMÓN

SIMÓN: Bien que le he chasqueado, y no sólo yo, sino también mi esclavo, a su enemigo. Ahora me pondré al

acecho de Pséudolo, pero de otra forma que en otras comedias, que se pone uno a la espera del esclavo provisto de aguijones o de látigos; yo voy ahora mismo a sacar de casa las veinte minas que le prometí si salía con éxito de su empresa; yo mismo iré a su encuentro a llevárselas. ¡Qué tipo tan avisado, qué ladino, qué pillo! A la añagaza de Troya y al propio Ulises en persona ha dejado atrás el tal Pséudolo.

Ahora voy dentro, sacaré el dinero, me pondré al acecho de Pséudolo.

#### ACTO V ESCENA PRIMERA PSÉUDOLO

PSÉUDOLO: (Entra tambaleándose.) Pero bueno, ¿qué es esto? Oye, a ver, pies, ¿qué manera es ésa de portarse?,

¿os podéis sostener o no?, ¿o es que lo que pretendéis es que caiga al suelo y tenga que venir alguien a levantarme? Desde luego, Hércules, si me caigo será una vergüenza para vosotros, ¿queréis seguir adelante o no? Voy a tener que ponerme serio, ¿eh? ¿Ves?, ése es el gran defecto del vino, que se tira primero a los pies; sí, sí, es un adversario pero que muy traicionero. Desde luego, te juro que tengo una buena melopea; tan exquisitos han sido los manjares, tan grandes las finezas dignas de los dioses

con que se nos ha obsequiado, tan festivo el lugar donde hemos festejado. ¿Para qué darle más vueltas?, esto es lo que le hace al hombre amar la vida, ésta la fuente de todos los placeres, de todas las delicias: tengo la impresión de ser casi un dios; porque cuando un amante esta abrazado con su amiga, cuando junta sus labios con los de ella, cuando se quedan prendidos entre sí uniendo sus lenguas en un dulce beso o si les viene en gana se unen en estrecho abrazo; una blanca mano te ofrece la dulcífera copa a la salud de vuestros tiernos amores nadie se pone allí a fastidiar o a molestar a los demás ni a dar la lata con conversaciones aburridas, sino te ofrecen ungüentos y perfumes, innúmeras coronas de flores adornadas con preciosas cintas: en nada se ha ahorrado allí: — en cuanto al resto de las maravillas que allí se nos han ofrecido, no me preguntéis— o sea, que lo mismo yo que el hijo del amo nos hemos pasado el día a lo grande después que tal como me lo había propuesto, puse en fuga a mis enemigos y di cima a mi empresa. Allí los he dejado a la mesa bebiendo, haciendo el amor con sus amigas, allí está también la mía, entregados todos a seguir los deseos de su corazón. Pero luego que me levanto, van y me piden que baile, y yo les he bailado un ritmo así como éste (baila) con la mar de gracia y exacto según las reglas del arte, que yo he aprendido muy bien las jónicas. Pero voy, y así, con un capotillo puesto, me pongo a hacer el payaso bailando unos pasos como éstos (baila). Me aplauden, me gritan ¡más, más!, para que vuelva. Empiezo otra vez así, no quería repetir lo mismo, iba y me acercaba a mi amiga para que me abrazara... al dar una vuelta, me caigo. Aquello fue el golpe de gracia; al querer levantarme ¡paf! por poco me mancho el capotillo y todo. No digo cómo se han puesto de reír con mi caída; se me pasa la copa, me la bebo. Me cambio enseguida el capotillo, me quito el que tenía puesto. Después me salgo y me vengo aquí en tanto que se me pasa la borrachera. Ahora voy de un amo al otro, al viejo, para recordarle nuestro trato. ¡Abrid, abrid, eh, decidle a Simón que estoy aquí!

### ESCENA SEGUNDA SIMÓN, PSÉUDOLO

SIMÓN: La voz de un bribón me hace salir a la puerta. Pero ¿qué es esto?, ¿cómo?, ¿qué es lo que ven mis

ojos?

PSÉUDOLO: Ven a tu Pséudolo borracho, con una corona de flores a la cabeza.

SIMÓN: ¡Hércules, son demasiadas las libertades que te tomas! Y mira qué postura, no le da ni pizca de reparo

mi presencia. No sé si debo abordarle por las malas o por las buenas, pero esto que traigo aquí (la bolsa con las veinte minas) me impide usar de la violencia, si me queda alguna esperanza de no

perderlo.

PSÉUDOLO: Aquí un sinvergüenza va al encuentro de una bellísima persona.

SIMÓN: Los dioses te guarden, Pséudolo.

PSÉUDOLO: ¡Hip!

SIMÓN: ¡A la horca contigo!

PSÉUDOLO: No me empujes de esa forma.

SIMÓN: ¡Maldición, mira que venir borracho a echarme un eructo en la mismísima cara!

PSÉUDOLO: Por favor, cuidado, sostenme, que no me vaya al suelo. Ten cuidado que no me caiga, ¿no ves que

estoy como una cuba?

SIMÓN: ¿Qué descaro es ése de andar borracho en pleno día con una corona de flores en la cabeza?

PSÉUDOLO: Me da la gana.

SIMÓN: ¿Cómo que te da la gana?, ¿te empeñas en volver a eructarme en la cara?

PSÉUDOLO: Me es dulce el eructar, déjame, Simón.

SIMÓN: Bribón, desde luego tengo por cierto que eres capaz de beberte en una hora cuatro de las más ricas

cosechas del monte Másico.

PSÉUDOLO: En una hora "de invierno", tienes que añadir.

SIMÓN: Pero dime — desde luego que no está mal esa advertencia— : ¿de dónde vienes con esa carga encima?

PSÉUDOLO: Acabo de tomar unas copas con tu hijo. Pero ¡qué bien se la hemos pegado a Balión!, ¿eh? Mira lo

bien que he cumplido mi palabra.

SIMÓN: Eres un bandido.

PSÉUDOLO: La joven tiene la culpa; ahora está a la mesa, libre, al lado de tu hijo.

SIMÓN: Sé punto por punto todo lo que has hecho.

PSÉUDOLO: ¿Por qué dudas entonces de entregarme el dinero?

SIMÓN: Es justo lo que me pides, lo confieso: ten (le da la bolsa).

PSÉUDOLO: Y tú decías que no me lo ibas a tener que dar; mira cómo sí. Cárgasela a este que está aquí y sígueme.

SIMÓN: ¿Yo te la voy a cargar?

I.E.S. "Isidro de Arcenegui y Carmona"

PSÉUDOLO: Ya verás como sí.

SIMÓN: No sé qué hacerle al tipo éste: ¿conque se queda con el dinero y encima se burla de mí?

PSÉUDOLO: Vae victis!

SIMÓN: Arrima el hombro, pues.

PSÉUDOLO: Aquí.

SIMÓN: Una cosa así no se me había pasado nunca por la imaginación, que iba a tener que ponerme a sus pies.

¡Ay, ay! ¡ay!

PSÉUDOLO: Calla ya.

SIMÓN: Es mucho lo que sufro.

PSÉUDOLO: Si no sufrieras tú, sería yo el que tuviera que sufrir.

SIMÓN: ¿Qué, vas a tomar este dinero de tu amo, querido Pséudolo?

PSÉUDOLO: Con sumo gusto.

SIMÓN: ¿No quieres, por favor, hacerme gracia de una parte de esta suma?

PSÉUDOLO: Vas a decir que soy un avaricioso, porque lo que es de aquí no te vas a enriquecer ni en céntimo;

tampoco tú tendrías compasión de mis costillas si no hubiera salido victorioso en mi empresa.

SIMÓN: Ya tendré ocasión de vengarme de ti, si los dioses me dan vida. PSÉUDOLO: ¿A qué esas amenazas? Yo tengo unas espaldas muy anchas.

SIMÓN: Ea, adiós. PSÉUDOLO: Vuelve.

SIMÓN: ¿Para qué voy a volver?

PSÉUDOLO: Vuelve, te digo, no te arrepentirás.

SIMÓN: Venga, vuelvo.

PSÉUDOLO: Ven conmigo a echar un copeo.

SIMÓN: ¿Yo?

PSÉUDOLO: Hazme caso; si vienes, te doy la mitad de esto (señalando la bolsa), o aún más.

SIMÓN: De acuerdo. Llévame a donde te parezca bien.

PSÉUDOLO: Y ahora, qué, ¿estás disgustado conmigo o con tu hijo por lo sucedido, Simón?

SIMÓN: De ninguna manera. PSÉUDOLO: Hala, yo te sigo.

SIMÓN: ¿Por qué no invitas también a los espectadores?

PSÉUDOLO: ¡Hércules! ellos no acostumbran a invitarme a mí, ni yo tampoco a ellos. (Al público.) Pero si estáis

dispuestos a darnos un aplauso y vuestra aprobación a la comedia y a nuestra compañía, os invitaré

para mañana.

## II.- Textos de la Oratoria:

## II.1.- Cicerón: Catilinarias

## II.1.1.- Catilinarias I.1-5 (invectiva contra Catilina)

- I [1] ¿Hasta cuándo, Catilina, continuarás poniendo a prueba nuestra paciencia? ¿Cuánto más esa locura tuya seguirá burlándose de nosotros? ¿A qué fin se arrojará tu irrefrenable osadía? ¿Acaso nada te ha inquietado el destacamento nocturno del Palatino, nada la guardia de la ciudad, nada el temor del pueblo, nada la concurrencia de todos los hombres de bien, nada esta fortificadísima plaza que es el Senado, nada los labios y los rostros de todos los presentes? ¿No comprendes que tus planes se derrumban, no ves que ya tu conjura ha sido sofocada por el hecho mismo de que todos la conocen? ¿Quién de entre nosotros piensas que no sabe lo que has puesto en práctica la noche pasada y la anterior, dónde has estado, a quiénes has reunido y qué suerte de planes has ideado?
- [2] ¡Oh tiempos, oh costumbres! El Senado conoce estas cosas, el cónsul las ve: éste, sin embargo, vive. ¿Vive? Si incluso viene al Senado, se hace partícipe de las deliberaciones públicas, fija su vista en cada uno de nosotros y decreta nuestro aniquilamiento. En cambio nosotros, decididos varones, juzgamos haber hecho suficiente por la República con lograr huir de sus dardos y su furia. Tiempo ha ya, Catilina, que se te debiera haber conducido a la muerte por orden del cónsul, que esa misma ruina que tú llevas maquinando contra nosotros desde hace mucho se hubiera vuelto en contra tuya.
- [3] Un muy notable varón, Publio Escipión, pontífice máximo, dio muerte como particular a Tiberio Graco por haber insinuado siquiera el levantarse contra la República, ¿y nosotros, los cónsules, debemos soportar impertérritos a Catilina, que anhela devastar la tierra entera con incendios y matanzas? Prefiero obviar ejemplos antiguos, como el de Gayo Servilio Ahala, que dio muerte por su propia mano a Espurio Melio por intentar tímidas reformas. Hubo, sí, hubo en otro tiempo ese ejercicio de virtud en esta República, cuando los varones decididos castigaban por igual, con rigurosos tormentos, así al ciudadano pernicioso como al más enconado enemigo. Tenemos un justo y severo senadoconsulto contra ti, Catilina. No carece la República de deliberaciones ni autoridad entre estas gradas: nosotros, nosotros los cónsules (abiertamente lo digo) somos quienes carecemos de la iniciativa requerida.
- II [4] Resolvió el Senado en el pasado que el cónsul Lucio Optimio velara por la República a fin de que ésta no cayese en desgracia. Ni una sola noche transcurrió. Se pasó a cuchillo a Gayo Graco, de padre, abuelo y linaje esclarecidísimos; fue muerto el ex cónsul Marco Fulvio junto a sus hijos. A un senadoconsulto similar se confió la República en tiempos de Gayo Mario y Lucio Valerio: ¿se demoró acaso en un solo día la justicia de la República contra el tribuno Lucio Saturnino y el pretor Gayo Servilio? Nosotros, por el contrario, consentimos que se embote, desde hace ya veinte días, el agudo filo[4] de la autoridad de los presentes. Tenemos, ciertamente, un senadoconsulto, pero encerrado entre las letras cual si estuviera metido en su vaina[5]. Por medio de él, Catilina, convino darte muerte al instante. Vives, y vives no para reponer tu osadía, sino para reafirmarte en ella. Deseo ser clemente, padres conscriptos; deseo no parecer disoluto entre tantos peligros que presenta la República, pero ya yo mismo en mi indolencia y mi desidia me condeno.
- [5] En Italia, en las gargantas de Etruria se ha levantado un campamento en contra del pueblo romano; de día en día ha aumentado el número de adversarios. Pero estáis viendo entre nuestros muros, estáis viendo en el Senado al comandante de ese campamento y caudillo de los enemigos, que maquina cada día la perdición de la República hasta sus entrañas. Si yo te hubiera hecho prisionero, Catilina, si ordenara matarte, juzgo sería cosa más temible para mí el que todos los hombres de bien digan que he actuado con excesiva demora que el que afirmen que he sido cruel en exceso. Existe, sin embargo, un motivo de peso que me impide hacer aún lo que debió haberse llevado a término hace ya tiempo. Cuando ya no pueda encontrarse a nadie tan corrompido, tan falto de moderación, tan idéntico a ti que no admita que tal acto se ha efectuado bajo derecho, será entonces cuando mueras.
- [6] En tanto alguien ose alzarse en tu defensa, vivirás, y vivirás como ahora vives: asediado por mis diligentes guardas a fin de que no puedas agitarte contra la República. A ése que no quiere percibirlo, los ojos y oídos de muchos lo atalayan y vigilan como hasta ahora han hecho.
- III Y realmente, Catilina, ¿qué es lo que todavía continúas aguardando, si ni la noche en sus tinieblas es capaz de oscurecer tus abominables intrigas, ni tu casa particular contener con sus paredes los gritos de tu conjura, si todo ha salido a la luz, si todo ha reventado definitivamente? Reemplaza tus propósitos, créeme, olvida las sangrías y los incendios. Te encuentras de todo punto asediado, más claros que la misma luz se nos manifiestan tus planes: justo es que, como yo, los reconozcas como tuyos.
- [7] ¿Recuerdas que yo, el 21 de octubre, afirmé en el Senado que un día fijo, esto es, el día 25, Cayo Manlio, cómplice instrumento de tu demencia, habría de levantarse en armas? ¿Es que he errado, Catilina, no sólo en la magnitud de un problema tan atroz y extraordinario, sino también —y esto es más admirable aún- en la jornada exacta? Yo mismo aseguré en el Senado que tú fijarías el asesinato de los aristócratas para el día 17 de octubre, justo cuando

muchos hombres de primera talla de la ciudad partieron de Roma no tanto para guardarse a sí mismos como para detener tus planes. ¿Acaso puedes negar que aquel mismo día, rodeado como te hallabas por mis guardas, por mi diligencia misma, no pudiste alzarte contra la República, en tanto tú, no obstante, decías hallarte alegre por poder acabar al menos con mi vida, ya que no con la de los que se habían ido?

- [8] ¿Y bien? Cuando confiabas que en esa misma fecha fuera tomado Preneste con un asalto durante la noche, ¿no te percataste de que luego de una orden mía fue fortificada esa plaza con mis guardas, centinelas y vigías? Nada haces, nada maquinas, nada piensas que yo no sólo no oiga, sino que incluso vea y perciba con claridad absoluta.
- IV Recuerda conmigo, en fin, aquella noche pasada: sabes ya de sobra que con mayores bríos me mantengo yo despierto para salvaguardar la República que tú para devastarla. Me refiero a que tú acudiste la noche anterior junto al barrio de los fabricantes de hoces —lo diré sin tapujos- en casa de Marco Leca, lugar en el que conviniste con muchos aliados de tu crimen y tu demencia. ¿Te atreves por ventura a negarlo? ¿Por qué guardas silencio? Te lo probaré, si lo niegas. Veo, en efecto, que se encuentran aquí, en el Senado, algunos que a ti se sumaron sin ponerlo en duda.
- [9] ¡Oh dioses inmortales! ¿Qué suerte de nación somos? ¿En qué ciudad vivimos? ¿Qué República es la nuestra? Aquí, padres conscriptos, aquí entre nosotros, en la deliberación más digna y necesaria del orbe entero, se encuentran los que buscan la caída de todos nosotros, la devastación de esta ciudad y aun de la tierra toda. Yo, el cónsul, los veo y le pido a la República su parecer, y a quienes ya convendría haber condenado a muerte, a ésos ni los hiero todavía. Acudiste a casa de Leca aquella noche, Catilina, repartiste las regiones de Italia, elegiste quién debía partir y adónde debía hacerlo, decidiste quiénes habían de quedarse en Roma y quiénes salir contigo, concretaste los lugares de la ciudad que incendiaríais, dijiste que si en algo te demorabas, era porque vivía yo. Dos caballeros romanos se ofrecieron a solucionar ese problema tuyo prometiéndote que esa misma noche, antes del alba, me darían muerte en mi propio lecho.
- [10] Conocí yo toda esta trama nada más hubo terminado vuestro encuentro. Fortifiqué y aseguré mi hogar con los mejores destacamentos, e impedí, luego que llegaran, la entrada a los sicarios que tú me enviaste a dar el saludo matutino, pues hacía ya tiempo que se les había anunciado tu llegada a muchos y muy dignos varones.
- V Así las cosas, Catilina, prosigue lo que has iniciado. Retírate, por fin, de la ciudad. Las puertas están abiertas: márchate. Hace demasiado tiempo que te echan de menos como caudillo en el campamento de Manlio. Y haz salir contigo a todos los tuyos, o cuando menos a la mayor parte. Deja limpia la ciudad. De una gran preocupación me liberarás con tal que entre tú y yo medie un muro. No vivirás más tiempo entre nosotros: no lo aceptaré, no lo consentiré, no lo permitiré.
- [11] Debe alabarse el favor de los dioses inmortales y el del mismísimo Júpiter Estator, antiquísimo centinela de la ciudad, por habernos protegido ya tantas veces de calamidad tan repulsiva, tan hostil y tan digna de espanto. Por culpa de un solo hombre no puede consentirse que la sagrada seguridad de la República se ponga en juego. En tanto me tendiste asechanzas siendo yo un cónsul electo, Catilina, no requerí a la guardia pública para mi defensa, sino que me la procuré por mis propios medios. Y cuando en los pasados comicios electorales quisiste darme muerte a mí, al cónsul, en el Campo de Marte, así como a tus restantes adversarios, reprimí tus execrables propósitos con la protección y la fuerza de mis amigos, sin suscitar tumulto alguno. En definitiva, en cada una de las ocasiones en que te arrojaste en mi contra, me opuse a ti con mis recursos propios, por más que supiera que mi ruina iba pareja a la destrucción total del Estado.
- [12] Ahora ya arrojas tus dardos abiertamente contra la República entera; llamas al desastre y a la devastación a los templos de los dioses inmortales, a los hogares particulares de Roma, a la vida de la ciudadanía y, en suma, a Italia toda. Por consiguiente, dado que aún no me atrevo a llevar a cabo lo que concierne tanto a mi mandato como a la moral de nuestros padres, no puedo sino moderar la severidad y ejecutar lo que más útil resulte al bien común. Y es que si ordenara darte muerte, permanecería en la República la sombra de los conjurados, pero si tú partes de aquí, como acabo de exigirte, habremos conseguido expulsar de Roma a esa escoria perniciosa para la República junto a todos sus secuaces.
- [13] ¿Qué ocurre, Catilina? ¿Vacilas en hacer, ahora que yo lo ordeno, lo que ibas a hacer hasta este momento por ti solo? El cónsul ordena que el enemigo salga de Roma. Me preguntas si al exilio. No te lo mando, pero, ya que lo sacas a colación, te lo aconsejo.

## III.- Textos de la Historiografía:

## III.1.- César: Guerra de las Galias

III.1.1.- De bello Gallico I.1 (descripción de la Galia)

La Galia está toda dividida en tres partes: una que habitan los Belgas, otra los Aquitanos, la tercera los que en su lengua se llaman Celtas y en la nuestra Galos. Todos éstos se diferencian entre sí en lenguaje, costumbres y leyes. A los Galos separa de los Aquitanos el río Garona, de los Belgas el Marna y Sena. Los más valientes de todos son los Belgas, porque viven muy remotos del fausto y delicadeza de nuestra provincia, y rarísima vez llegan allá mercaderes con cosas a propósito para enflaquecer los bríos, y por estar vecinos a los Ger- manos, que moran a la otra parte del Rhin, con quienes traen continua guerra. Esta es también la causa por qué los Helvecios se aventajan en valor á los otros Galos, pues casi todos los días vienen a las manos con los Germanos, ya cubriendo sus propias fronteras, ya invadiendo las ajenas.

La parte que hemos dicho ocupan los Galos comienza del río Ródano; confina con el Garona, el Océano y el país de los Belgas; por el de los Sequanos y Helvecios toca en el Rhin, inclinándose al Norte. Los Belgas toman su principio de los últimos límites de la Galia, dilatándose hasta el Bajo Rhin, mirando al Septentrión y al Oriente. La Aquitania, entre Poniente y. Norte por el río Garona, se extiende hasta los montes Pirineos y aquella parte del Océano que baña la España.

## III.2.- Salustio: Conjuración de Catilina

III.2.1.- Bellum Catilinae I.5 (retrato de Catilina)

Lucio Catilina, nacido de linaje noble, poseía gran fuerza física y espiritual, pero su carácter era perverso y depravado. Desde su adolescencia resultábanle gratas las guerras intestinas, las muertes, los saqueos, la discordia civil; y en ello ejercitó su juventud. Su cuerpo soportaba la falta de comida, el frío, el insomnio, por encima de lo que uno pueda creer. Espíritu audaz, taimado, versátil, fingidor y disimulador de cuanto quería, codicioso de lo ajeno, pródigo con lo propio, inflamado de pasiones. Bastante elocuencia; sabiduría, escasa. Su vasto espíritu siempre anhelaba lo desmesurado, lo increíble, lo demasiado alto. Tras la dictadura de Lucio Sila le había entrado a este hombre un deseo imperioso de conquistar el Estado y no le importaban un comino los medios para conseguirlo, con tal de hacerse con el poder omnímodo. Su terrible ánimo se agitaba más de día en día por la penuria de la situación familiar y la mala conciencia de sus crímenes, cosas ambas que llevaba en aumento con las trazas que he descrito más arriba. Le estimulaban además las costumbres corruptas de la Ciudad, las cuales desgarraban dos lacras pésimas y antitéticas, el derroche y la avaricia.

El asunto mismo parece invitar, puesto que las circunstancias nos han traído al recuerdo las costumbres de la Ciudad, a buscar atrás y exponer, brevemente las instituciones de los antepasados en la paz y en la guerra, de qué manera manejaron el Estado y cuán grande lo dejaron, cómo poco a poco, de hermosísimo y óptimo, cambió y se hizo el peor y el más vergonzoso.

## III.3.- Tito Livio: Historia de Roma desde su fundación

III.3.1.- *Ab urbe condita I.4* (Rómulo y Remo)

Pero tenía que ser, en mi opinión, cosa del destino el nacimiento de tan gran ciudad y el comienzo de la mayor potencia despues de la de los dioses. La vestal fue forzada, dio a luz dos gemelos y, bien por creerlo así, bien por cohonestar la falta remitiendo su responsabilidad a un dios, proclama a Marte padre de esta dudosa descendencia. Pero ni lo dioses ni los hombres la libran a ella ni a los hijos de la crueldad del rey: la sacerdotisa es encadenada y encarcelada, y se ordena que los niños sean arrojados a la corriente del río. Por un azar debido a los dioses, el Tiber, desbordado, no permitía el acceso hasta el cauce habitual a causa de los estancamientos en remanso, y a los que llevaban a los recien nacidos les hizo concebir la esperanza de que estos se ahogasen en esas aguas a pesar de estar remansadas. En la idea, pues, de cumplir asi el mandato del rey, abandonan a los ninos en la primera charca, lugar en que actualmente se encuentra la higuera Ruminal, antes llamada Romular, segun dicen. Había, en esa zona, por entonces, extensos parajes solitarios. La tradicion sostiene que, cuando el agua, al ser de poco nivel, deposito en seco la canastilla a la deriva en que habían sido colocados los niños, una loba, que había salido de los montes circundantes para calmar la sed, volvió sus pasos hacia los vagidos infantiles; que se abajó y ofreció sus mamas a los niños, amansada hasta tal punto que la encontró lamiéndolos el mayoral del ganado del rey —dicen que se llamaba Fáustulo —, y que él mismo los llevó a los establos y los encomendó a su mujer Larentia para que los criase. Hay quienes

opinan que Larentia, al prostituir su cuerpo, fue llamada "loba" por los pastores y que esto dio pie a la leyenda maravillosa. Tal fue su nacimiento y su crianza. Al llegar a la mocedad, él y los demás jóvenes no permanecían inactivos en los establos o junto al ganado: recorrían los bosques cazando. Cobraron vigor con ello sus cuerpos y sus mentes, y ya no solo acechaban a las fieras, sino que atacaban a los salteadores cargados de botín, se lo arrebataban y lo repartían entre los pastores, y se reunían con estos para el trabajo y la diversión, siendo cada día más numeroso el grupo juvenil.

## III.3.2.- Ab urbe condita I.9 (rapto de las Sabinas)

Roma era ya tan fuerte, que su potencial bélico estaba a la altura del de cualquiera de los Estados vecinos; pero, debido a la falta de mujeres, su grandeza estaba abocada a durar una generación, al no tener en sí posibilidad de perpetuarse ni existir matrimonios con los pueblos del entorno. Entonces, por consejo del senado, Rómulo envió una legacion a los pueblos circundantes a presentar una peticion de alianza y de enlaces matrimoniales con el nuevo pueblo: que también las ciudades, como lo demás, nacían de casi nada, pero, después, las que tenían a su favor su propio valor y a los dioses se labraban un gran poderío y un gran nombre; que de sobra sabían que los dioses habían propiciado el nacimiento de Roma, y que el valor no iba a faltar; que, por consiguiente, no rehusasen, hombres como eran, mezclar su sangre y su raza con otros hombres. La legación no fue escuchada favorablemente en parte alguna: hasta ese extremo despreciaban y, a la vez, temían, por sí mismos y por sus descendientes, a una potencia tan grande que se desarrollaba en medio de ellos. Y fueron despedidos entre las preguntas casi generales de si habían abierto algun asilo también para mujeres, pues eso, en definitiva, supondría matrimonios del mismo nivel. La juventud romana tomo a mal este desaire y la situación comenzó a apuntar claramente hacia una salida violenta. A fin de proporcionar momento y lugar adecuado a esta salida, Rómulo disimula su resentimiento y dispone con toda intencion unos juegos solemnes en honor de Neptuno Ecuestre: los llama Consualia. Ordena, a continuación, que sean invitadas al espectáculo las poblaciones vecinas; lo solemnizan con cuantos medios en aquella época se conocían o estaban en su mano, para hacerlo famoso y despertar la expectación. Acudió mucha gente, atraída, además, por la curiosidad de ver la nueva ciudad, pero sobre todo los de las cercanias: ceninenses, crustuminos y antemnates. De los sabinos acudió la población en masa, mujeres e hijos incluidos. Fueron acogidos como huéspedes en las casas particulares, y al ver el emplazamiento, las murallas y la cantidad de viviendas de la ciudad, se asombran del desarrollo de Roma en tan poco tiempo. Cuando llegó la hora del espectáculo y estaban concentradas en él las miradas y la atención, se puso en marcha según lo previsto el golpe de fuerza: a una señal dada, los jóvenes romanos se lanzan a raptar a las doncellas. La mayoría de ellas fueron cogidas al azar por el primero que las tuvo a mano; algunas, especialmente hermosas, reservadas a los senadores más importantes, eran llevadas a casa de estos por los plebeyos a los que se les había encomendado esta misión. Una, que resaltaba notablemente entre las demás por su atractivo y belleza, fue raptada por los hombres de un tal Talasio, según dicen, y como muchos preguntaban a quién se la llevaban, gritaban a cada paso, para evitar que fuese objeto de violencia, que se la llevaban "a Talasio": de ahí pasó este grito a las bodas.

Desbaratado el espectaculo por el panico, los padres de las doncellas escapan entristecidos, quejandose de la violación de las leyes de la hospitalidad e invocando al dios a cuya fiesta y juegos habían acudido engañados por la apariencia del respaldo de las leyes de la religion y la humanidad. En cuanto a las víctimas del rapto, no abrigan esperanzas más halagüeñas sobre sus personas, ni es menor su indignación. Pero Rómulo las iba visitando personalmente y les hacía ver que lo ocurrido se debía al orgullo de sus padres, que habían negado a unos vecinos la celebración de enlaces matrimoniales; que ellas, sin embargo, iban a ser sus esposas, iban a compartir todos sus bienes, su ciudadanía y lo que hay más querido para el género humano: los hijos; que depusiesen ya su enfado y entregasen sus sentimientos a quienes el azar había entregado sus cuerpos; que, a menudo, de sentirse ofendido se pasa al afecto; que van a tener unos maridos tanto mejores cuanto que cada uno de ellos pondrá empeño no solo en cumplir los deberes específicos suyos, sino en llenar la nostalgia por la falta de padres y de patria. A estas palabras se añadían las caricias de sus maridos, que disculpaban el rapto atribuyéndolo al deseo y al amor, excusas estas de la mayor eficacia ante la manera de ser de la mujer.

## III.3.3.- Ab urbe condita XXI.1-4 (preámbulo a la Segunda Guerra Púnica; retrato de Aníbal)

1 [1] En este punto de mi obra tengo derecho a decir por adelantado lo que muchos historiadores manifiestan en los inicios del conjunto de la suya: que voy a narrar por escrito la guerra más memorable de cuantas se llevaron jamás a cabo, la que hicieron los cartagineses, capitaneados por Aníbal, contra el pueblo romano. [2] En efecto, no hubo otras naciones o pueblos más dotados de recursos que midieran sus armas, ni estos mismos contaron en ningún otro momento con tantos efectivos y tantas fuerzas; se confrontaban, además, unas artes bélicas que no les eran recíprocamente desconocidas, sino que las habían experimentado ya en la Primera Guerra Púnica, y la suerte de la guerra tuvo tantas alternativas y su resultado final fue tan incierto que corrieron mayor peligro los que vencieron. [3]

I.E.S. "Isidro de Arcenegui v Carmona"

Fue casi mayor, incluso, el encono que las fuerzas con que se enfrentaron, llenos de indignación los romanos porque los vencidos tomaban la iniciativa bélica en contra de los vencedores, y los cartagineses porque a su entender se había ejercido sobre los vencidos un dominio tiránico y cicatero. [4] Se cuenta1, por otra parte, que Aníbal, cuando tenía nueve años, al pedir a su padre Amílcar, entre carantoñas infantiles, que lo llevase a Hispania, en el momento en que estaba ofreciendo un sacrificio con la intención de pasar allí a su ejército una vez finalizada la guerra de África, fue acercado al altar y con la mano puesta sobre la víctima obligado a jurar que tan pronto como pudiera se convertiría en enemigo del pueblo romano. [5] La pérdida de Sicilia y Cerdeña traía a mal traer a aquel hombre de gran espíritu, pues en su opinión se había entregado Sicilia al dar por perdida la situación de forma demasiado precipitada, y en cuanto a Cerdeña, los romanos se habían apoderado de ella a traición durante la rebelión de África, imponiéndole encima un nuevo tributo.

[2] Torturado por estos sentimientos, durante la guerra de África que tuvo lugar inmediatamente a continuación de la paz con Roma y duró cinco años, y luego en Hispania, durante nueve años, actuó de tal forma incrementando el poderío cartaginés [2] que resultaba evidente que andaba dándole vueltas a la idea de una guerra de mayor alcance que la que estaba haciendo y que, si hubiese vivido más tiempo, conducidos por Amílcar los cartagineses habrían llevado a Italia la guerra que llevaron conducidos por Aníbal. [3] La muerte de Amílcar, muy oportuna, y la corta edad de Aníbal aplazaron la guerra. En el período intermedio entre el padre y el hijo, durante casi ocho años ocupó el mando Asdrúbal, que en la flor de la edad, [4] según cuentan, se ganó primero la voluntad de Amílcar, luego fue promocionado a verno en atención sin duda a los otros rasgos de su carácter, y como era el verno, fue puesto en el poder por influencia del partido de los Barca, más que mediana entre la tropa y la plebe, aunque claramente en contra de la voluntad de los nobles. [5] Asdrúbal, recurriendo a la prudencia en mayor medida que a la fuerza, estableciendo lazos de hospitalidad con los reyezuelos y ganándose nuevos pueblos por la vía de la amistad con sus principales más que por la de la guerra o las armas, incrementó el poderío cartaginés. [6] Sin embargo la paz no le supuso una mayor seguridad: un bárbaro, despechado porque había hecho morir a su amo, le cortó la cabeza públicamente, y, apresado por los que estaban alrededor, con la misma expresión en su rostro que si hubiera escapado, a pesar incluso de ser sometido a tortura conservó tal semblante que, sobreponiéndose con alegría a los dolores, incluso parecía estar sonriendo. [7] Con este Asdrúbal, dado que había mostrado una sorprendente habilidad para atraerse a los pueblos e incorporarlos a su dominio, había renovado el pueblo romano el tratado de alianza según el cual el río Ebro constituiría la línea de demarcación entre ambos imperios y se les respetaría la independencia a los saguntinos, situados en la zona intermedia entre los dominios de ambos pueblos.

[3] No había dudas acerca de quién iba a suceder a Asdrúbal ocupando su puesto; la iniciativa militar por la que el joven Aníbal había sido llevado inmediatamente a la tienda de mando y había sido aclamado general con un griterío unánime desbordante, era secundada por el favor popular. [2] Cuando apenas era un adolescente, Asdrúbal, por carta, le había llamado a su lado, y también en el senado había sido tratada la cuestión. Mientras que los Barca se empeñaban en que Aníbal se habituase a la vida militar y sucediese a su padre en el poder, [3] Hannón, jefe del partido contrario, dijo: "Parece que Asdrúbal pide una cosa justa, pero yo, sin embargo, no creo que se deba conceder lo que pide". [4] Como atrajo la atención de todos por la sorpresa ante un pronunciamiento tan ambiguo, añadió: "Cree Asdrúbal que la flor de la edad que él brindó al padre de Aníbal para que la disfrutara la puede a su vez reclamar del hijo con todo derecho; pero no está bien, en absoluto, que a cambio del aprendizaje de la milicia nosotros habituemos a nuestros jóvenes al capricho de los generales. [5] ¿Es que tenemos miedo a que el hijo de Amílcar tarde demasiado en ver los poderes desmedidos y esa especie de tiranía de su padre, y que nosotros tardemos más de la cuenta en ser esclavos del hijo de un rey a cuyo yerno se le han dejado nuestros ejércitos como en herencia? [6] Yo estimo que se debe mantener a ese joven en casa sometido a las leyes, a las autoridades, que se le debe enseñar a vivir con los mismos derechos que los demás, no vaya a ser que en algún momento esta pequeña chispa provoque un enorme incendio".

[4] Pocos, pero prácticamente los mejores, se mostraban de acuerdo con Hannón, pero como ocurre las más de las veces, la cantidad se impuso a la calidad. Enviado Aníbal a Hispania, nada más llegar se ganó a todo el ejército: [2] los soldados veteranos tenían la impresión de que les había sido devuelto el Amílcar joven; veían la misma energía en sus rasgos, la misma fuerza en su mirada, la misma expresión en su semblante, idéntica fisonomía. Después, en muy poco tiempo, consiguió que lo que tenía de su padre fuese lo menos importante en orden a granjearse las simpatías. [3] Nunca un mismo carácter fue más dispuesto para cosas enteramente contrapuestas: obedecer y mandar. No resultaría fácil, por ello, discernir si era más apreciado por el general o por la tropa. [4] Ni Asdrúbal prefería a ningún otro para confiarle el mando cuando había que actuar con valor y denuedo, ni los soldados se mostraban más confiados o intrépidos con ningún otro jefe. [5] Era de lo más audaz para afrontar los peligros, y de lo más prudente en medio mismo del peligro. No había tarea capaz de fatigar su cuerpo o doblegar su moral. [6] El mismo aguante para el calor y el frío; su manera de comer y beber, atemperada por las necesidades de la naturaleza, no por el placer; el tiempo de vigilia y de sueño, repartido indistintamente a lo largo del día o de la noche; el tiempo que le quedaba libre de actividad era el que dedicaba al descanso, [7] para el cual no buscaba ni muelle lecho ni silencio: muchos lo vieron a

menudo echado por el suelo, tapado con el capote militar, en medio de los puestos de guardia o de vigilancia militar. [8] No se distinguía en absoluto entre los de su edad por la indumentaria, sí llamaban la atención sus armas y sus caballos. Era, con diferencia, el mejor soldado de caballería y de infantería a un mismo tiempo; el primero en marchar al combate, el último en retirarse una vez trabada la pelea. [9] Las virtudes tan pronunciadas de este hombre se contrapesaban con defectos muy graves: una crueldad inhumana, una perfidia peor que púnica, una falta absoluta de franqueza y de honestidad, ningún temor a los dioses, ningún respeto por lo jurado, ningún escrúpulo religioso. [10] Con estas virtudes y vicios innatos militó durante tres años bajo el mando de Asdrúbal, sin descuidar nada de lo que debiera hacer o ver quien iba a ser un gran general.

## III.4.- Tácito: Anales

III.4.1.- Annales I.1-2 (historia resumida de Roma; Augusto, primer emperador)

- 1. A la ciudad de Roma en sus comienzos la gobernaron los reyes: Lucio Bruto instituyó la libertad y el consulado. Los períodos de dictadura se ejercían sólo por tiempo limitado. Tampoco la potestad de los decénviros duró más de dos años, ni el poder de los cónsules estuvo mucho tiempo en manos de tribunos militares. Las tiranías de Cinna y Sila no fueron de larga duración; los poderes de Pompeyo y de Craso pasaron rápidamente a César, y las armas de Lépido y de Antonio a Augusto, quien, con el título de Príncipe, tomó a su cargo el gobierno de todo el estado, agotado por las guerras civiles. Mas los antiguos éxitos y fracasos del pueblo romano ya han sido evocados por célebres historiadores; tampoco faltaron mentes brillantes para narrar la época de Augusto hasta que, al crecer la adulación, tuvieron que desistir. Los acontecimientos de los reinados de Tiberio, Gayo, Claudio y Nerón, mientras estuvieron ellos en el poder, se escribieron distorsionados por el miedo y, después de muertos, bajo la influencia de odios recientes. De ahí que mi propósito sea narrar brevemente los últimos momentos de Augusto, para continuar con el principado de Tiberio y todo lo demás, pero sin ira y sin parcialidad, pues estoy lejos de tener motivos para ello.
- 2. Después de que, tras las muertes de Bruto y Casio, no hubo ya ejércitos públicos, una vez que Pompeyo fue aplastado en las costas de Sicilia y, con la eliminación de Lépido y la muerte de Antonio, no quedó, ni siquiera en el partido juliano, otro jefe más que César, éste rechazó el apelativo de triúnviro y se presentó como un cónsul, contentándose con el derecho tribunicio para velar por la plebe. Cuando sedujo a sus soldados con dádivas, al pueblo con repartos de trigo y a todo el mundo con las mieles de la paz, se fue haciendo poco a poco más poderoso, fue acaparando funciones que habían sido del senado, de los magistrados y de las leyes, sin encontrar oposición alguna; en efecto, los más violentos habían sucumbido por los campos de batalla o en el destierro, y los nobles que quedaban eran ensalzados con prebendas y honores en la medida en que cada cual se mostraba dispuesto a la sumisión; y, después de haber medrado con la nueva situación, preferían la seguridad del presente a los peligros del pasado. Tampoco las provincias rechazaban aquel estado de cosas, pues recelaban del gobierno del senado y del pueblo a causa de las disputas entre los poderosos y la avaricia de los magistrados, resultándoles ineficaz el auxilio de unas leyes que eran distorsionadas por la fuerza, por el soborno y, a fin de cuentas, por el dinero.

# IV.- Textos de la Épica:

## IV.1.- Virgilio: Eneida

IV.1.1.- Eneida II.1-57, 199-267 (caída de Troya y actuación de Laocoonte)

Todos callaron y atentos mantenían su mirada; así el padre Eneas comenzó desde su alto lecho: Un dolor, reina, me mandas renovar innombrable, cómo las riquezas troyanas y el mísero reino 5 destruyeron los Dánaos, y tragedias que yo mismo he visto y de las que fui parte importante. ¿Quién, eso narrando, de los mirmidones o dólopes o soldado del cruel Ulises no contendría las lágrimas? Y ya la húmeda noche del cielo baja y al caer las estrellas invitan al sueño. 10 Mas si tanta es tu ansia de conocer nuestra ruina y en breve de Troya escuchar la fatiga postrera, aunque mi ánimo se eriza al recordar y huye del llanto, empezaré. Quebrados por la guerra y por el hado rechazados los jefes de los Dánaos al pasar ya tantos los años, 15 como una montaña un caballo con arte divina de Atenea levantan, tejiendo sus flancos con tablas de abeto; lo fingen un voto por el regreso; así la noticia se extiende. Escogidos a suerte, a escondidas aquí los guerreros encierran en el ciego costado y hasta el fondo llenan las cavernas enormes de la panza con hombres en armas. 20 Enfrente está Ténedos, isla de bien conocida fama, rica en recursos al estar en pie de Príamo el reino, hoy sólo un golfo y un puerto del que los barcos desconfían: lanzados aquí en la playa desierta se ocultan; pensamos que, idos, andaban buscando Micenas al viento. 25 Así toda Troya se vio libre al fin de un duelo ya largo; se abren las puertas, da gusto pasear contemplando las tiendas de los Dorios y ver desierto el lugar y la playa vacía: aquí la tropa de los Dólopes, aquí Aquiles cruel acampaba; 30 aquí el lugar de los barcos, aquí en formación peleaban. Unos sin habla contemplan de Atenea fatal el regalo, asombrados del tamaño del caballo, y el primero Timetes ordena pasarlo a los muros y ponerlo en lo alto, bien por engaño, bien que ya así lo cantaba el destino de Troya. Capis no obstante y los de mejor opinión en la mente 35 nos mandan arrojar al mar la trampa del Dánao y el extraño presente y quemarlo con fuego debajo, o perforar los huecos de su panza buscando escondrijos. Dudosa entre dos pareceres se divide la gente. Allí, el primero de todos seguido de gran compañía 40 baja Laocoonte encendido de lo alto de la fortaleza, y a lo lejos: "¡Qué locura tan grande, pobres ciudadanos! ¿Del enemigo pensáis que se ha ido? ¿O creéis que los Dánaos pueden hacer regalos sin trampa? ¿Así conocemos a Ulises? O encerrados en esta madera ocultos están los aqueos, 45 o contra nuestras murallas se ha levantado esta máquina para espiar nuestras casas y caer sobre la ciudad desde lo alto, o algún otro engaño se esconde: teucros, no os fiéis del caballo. Sea lo que sea, temo a los Dánaos incluso ofreciendo regalos.' 50 Luego que habló con gran fuerza una lanza enorme disparó contra el costado y contra el vientre curvo de tablones.

Se clavó aquélla vibrando y en la panza sacudida resonaron las cuevas y lanzaron su gemido las cavernas. Y, si los hados de los dioses, si nuestra mente no hubiera sido esquiva, 55 nos habría llevado a horadar los escondites de Argos, y Troya ahora se alzaría y la fortaleza de Príamo..., tú permanecerías alta. En ese momento un nuevo prodigio mucho más terrible aparece ante los desgraciados y turba sus pechos confiados. 200 Laocoonte, sacado a suertes sacerdote de Neptuno, degollaba en su ara festiva un toro tremendo. Y mira por dónde (me muero al contarlo), dos grandes serpientes se lanzan al mar desde Ténedos por la quieta llanura 205 con curvas inmensas y buscan la costa a la vez; sus pechos se levantan entre las olas y con crestas de sangre asoman en el agua, el resto se dibuja en el mar y retuerce sus lomos enormes en un torbellino. Suena el silbido en la sal espumante, y ya a tierra llegaban 210 e invectados en sangre y en fuego sus ojos ardientes, sacudían sus bocas silbantes vibrando las lenguas. Escapamos exangües ante la visión. Aquéllas en ruta certera buscan a Laocoonte, y primero los pequeños cuerpos de sus dos hijos rodean ambas con su abrazo y a mordiscos devoran los desgraciados miembros, 215 se abalanzan después sobre aquél, que acudía en su ayuda con las flechas, y abrazan su cuerpo en monstruosos anillos, y ya en dos vueltas lo tienen agarrado rodeándole el cuello con sus cuerpos de escamas, y sacan por encima la cabeza y las altas cervices. 220 Él trata a la vez con las manos de deshacer los nudos, con las cintas manchadas de sangre seca y negro veneno, a la vez lanza al cielo sus gritos horrendos, como los mugidos cuando escapa herido del ara el toro sacudiendo de su cerviz el hacha que erró el golpe. 225 Se escapan luego los dragones gemelos hacia el alto santuario y buscan el alcázar de la cruel Tritónide y bajo los pies de la diosa, bajo el círculo de su escudo se esconden. Entonces fue cuando se asoma a los pechos temblorosos de todos un nuevo pavor y se dice que Laocoonte había pagado 230 su crimen por herir con su lanza la madera sagrada y llegar a clavar en su lomo la lanza asesina. Gritan que hay que buscar un lugar a la efigie y orar el numen de la diosa. Rompemos los muros y de la ciudad abrimos las murallas. 235 Se aprestan todos a la tarea y ruedas a los pies ponen y a su cuello cuerdas de estopa tienden; atraviesa los muros el ingenio fatal, preñado de armas. A su lado los mozos y las doncellas cantan sus himnos y gózanse si pueden tocar con su mano la cuerda; 240 entra aquél y se desliza, amenazante, hasta el centro de la ciudad. ¡Ay, patria! ¡Ay, Ilíon, morada de dioses, y muros famosos por la guerra dardánida! Cuatro veces en el umbral de la puerta se detuvo y otras cuatro veces sonaron en la panza las armas. Insistimos, sin embargo, inconscientes y ciegos de frenesí 245 y colocamos en lo más santo de la fortaleza el monstruo funesto. Aún entonces Casandra para mostrarnos el futuro abrió su boca, nunca creída por los Troyanos por mandato de Apolo. ¡Pobres de nosotros! Era aquel nuestro último día y adornamos con festivas guirnaldas los templos de la ciudad.

Miguel Ange	el Benjumea Pulido	I.E.
250	Gira el cielo entretanto y la noche cae al Océano	
	envolviendo en su abrazo de sombra la tierra y el polo	
	y el engaño de los mirmidones. Repartidos por los muros los Troyanos	
	callaron; el sopor abraza sus miembros cansados.	
	Y ya la falange Argiva en naves en formación avanzaba	
255	desde Ténedos entre el silencio amigo de la luna callada,	
200	buscando la conocida playa, cuando la nave capitana las antorchas	
	encendió y, protegido por los hados injustos de los dioses,	
	a los Griegos encerrados en el útero y en el pino a escondidas	
	libera los cerrojos Sinón. Abierto a las brisas, el caballo	
260	devuelve a aquéllos y alegres se lanzan de la hueca madera	
	los jefes Tesandro y Esténelo y el cruel Ulises	
	bajando por la cuerda tendida, y Acamante y Toante	
	y el Pelida Neoptólemo y Macaonte el primero,	
	y Menelao y Epeo, el propio urdidor de la trampa.	
265		
203	Invaden la ciudad sepultada en sueño y vino;	
	son muertos los guardias, y por las puertas abiertas a todos	
	los compañeros reciben y se reúnen los ejércitos cómplices.	
	IV.1.2 Eneida VI.678-795 (Eneas se encuentra con Anquises en el Elíseo)	
	Y cuando este vio a Eneas avanzando a su encuentro por la hierba,	
680	le tendió alegre ambas palmas,	
	e invadidas de lágrimas sus mejillas, la voz le salió de su boca:	
	"Has venido finalmente, ¿Esa piedad tuya, anhelada por tu padre,	
	ha vencido al duro camino? ¿Se me concede mirar tu rostro,	
	hijo, y escuchar y responderte a ti y a voces conocidas?	
685	Así ciertamente lo esperaba en mi ánimo y me imaginaba que ocurriría	
002	contando los días, y no me falló mi afán.	
	¡Yo te recibo tras recorrer qué tierras	
	y cuán grandes mares! ¡Qué grandes peligros has arrastrado, hijo mío!	
	¡Cuánto temí que los reinos de Libia te hicieran daño!"	
690	Aquél a su vez: "Tú imagen, padre, tu triste imagen	
0,70	presentándose muy a menudo, me empujó a dirigirme a estos umbrales;	
	las naves están en el mar Tirreno. Dame a estrechar tu diestra,	
	dámela, padre, y no te sustraigas de mi abrazo."	
	Hablando así, con largo llanto iba regando a la vez su rostro.	
695	Tres veces intentó echarle los brazos alrededor de su cuello allí;	
073	tres veces la imagen, abrazada en vano, huyó de sus manos,	
	igual los leves vientos y muy similar a un alado sueño.	
	Entretanto Eneas ve en un recluido valle	
700	un apartado bosque y las resonantes ramas del bosque, el río Leteo que corre por delante de las plácidas mansiones.	
700		
	Alrededor de éste, innumerables gentes y pueblos volaban:	
	y como cuando las abejas en los prados en el calmado verano	
	se posan en varias flores y se derraman alrededor	
707	de los blancos lirios, resuena todo el campo con su murmullo.	
705	Eneas, ignorante, se espanta por la repentina visión	
	y pregunta las causas, qué ríos son aquéllos de a lo lejos,	
	y quiénes son aquellos hombres que llevan en las riberas en tan gran grup	Ю.
	Entonces el padre Anquises: "Son los almas a las que por el hado	
	deben habitar otros cuerpos, junto a las aguas del río Leteo	
710	beben los seguros líquidos y los largos olvidos.	
	Ciertamente hace ya tiempo que quiero nombrártelas y mostrártelas	
	a la vista, enumerarte esta prole de los míos,	
	para que te alegres más conmigo de haber descubierto Italia."	
	"Padre, ¿Acaso hay que pensar entonces que algunas almas ligeras	

715	van al cielo y de nuevo regresan a sus torpes
	cuerpos? ¿Qué deseo tan terrible de luz es el de los desgraciados?" "Ciertamente te lo diré y no te mantendré en suspense, hijo mío."
	Comienza Anquises y en orden explica cada cosa.
	"Ante todo, sustenta el cielo y las tierras y las líquidas praderas
720	y el luminoso globo de la luna y los titánicos astros
	un espíritu interior, y un alma esparcida por sus miembros
	pone en movimiento toda la mole y se mezcla con el gran cuerpo.
	De ahí surge el linaje de los hombres y los ganados y la vida de las aves
725	y los monstruos que el ponto guarda bajo sus superficies marmóreas.
725	Su vigor es de fuego y su origen celeste de las semillas, en tanto no las retrasan dañinos cuerpos
	y las embotan ligaduras terrenales y los miembros que han de morir.
	Entonces temen y desean, sufren y gozan, y las auras
	no ven, encerradas en las tinieblas y en una ciega cárcel.
730	Y así, ni cuando en el último día las abandona la vida,
	aun no abandona del todo los males a las desgraciadas ni
	todas las pestes al cuerpo, y es profundamente necesario
	que por admirable traza arraiguen durante mucho tiempo muchas adherencias.
	De modo que las someten a castigos y sufren penas
735	de antiguos males: unas se abren colgadas a los inanes
	vientos, de otras se lava el crimen infecto al pie del vasto
	remolino o se quema en el fuego:
	cada cual padecemos nuestros propios Manes. Después de esto, se nos envía por el amplio Elisio y unos pocos ocupamos los campos felices,
740	hasta que el largo día, terminado el ciclo de tiempo,
740	limpia la mancha arraigada, y deja puro
	el sentido etéreo y el fuego del aura primitiva.
	A todas éstas, cuando giraron la rueda por mil años,
	el dios las convoca en un gran grupo hacia el río Leteo,
745	para que, sin memoria, contemplen de nuevo la bóveda del cielo, vuelvan a
	empiecen a querer volver a un cuerpo."
	Así había dicho Anquises y arrastra a su hijo junto con la Sibila
	al centro de una asamblea y una ruidosa turba,
750	y ocupa un túmulo desde donde podía ver en larga fila
750	a todos de frente y conocer los rostros de los que llegaban.
	"Ahora mira qué gloria seguirá después a la descendencia de Dárdano, qué herederos permanecerán de la estirpe ítala
	las almas ilustres que van a venir a nuestro nombre,
	te lo explicaré con palabras y te enseñaré tus hados.
755	Aquel joven, ¿lo ves?, el que está apoyado sobre su pura hasta,
	ocupa por suerte los lugares más cercanos a la luz, subirá el primero
	a las etéreas brisas que va con mezcla de sangre ítala,
	es Silvio, nombre albano, hijo tuyo póstumo,
	que ya viejo te dará tu esposa Lavinia tarde,
760	y lo educará en los bosques, al rey y padre de reyes,
	de donde nuestro linaje dominará en Alba Longa.
	Próximo a él está Procas, gloria del pueblo troyano,
	y Capis y Numitor y el que te hará regresar con su nombre,
765	Silvio Eneas, egregio igualmente en piedad o en armas,
765	si alguna vez llegara a reinar en Alba.
	¡Qué jóvenes! Qué fuerzas tan grandes muestran, mira, y qué sienes llevan sombreadas con la cívica encina!
	Éstos te levantarán Nomento, los Gabios y la ciudad de Fidena,
	éstos sobre los montes los Alcázares Colatinos,
770	los Pomecios, el Castro de Inuo, Bola y Cora;
	éstos serán entonces sus nombres, ahora son tierras sin nombre.

	Y el hijo de Mavorte, Rómulo, se añadirá como compañero a su abuelo, al que parirá su madre Ilia de la sangre de Asáraco. ¿Ves cómo se alzan en su frente dos penachos
775	y el propio padre de los superiores ya lo marca con su honor? ¡Ay, hijo! Bajo los auspicios de éste, aquella ínclita Roma igualará su poder por las tierras, sus ánimos con el Olimpo, y rodearía por completo con un muro sus siete fortalezas, feliz por su prole de hombres: cual la madre Berecintia
780	recorre coronada de torres en su carroza a través de las ciudades frigias gozosa con el parto de dioses, abrazado a sus cien nietos, todos celestiales, todos ocupando las regiones altas.  Vuelve aquí ahora tus ojos, mira este pueblo y a tus romanos. Éste es César y toda la progenie de Julo
785	que va a llegar bajo el gran eje del cielo. Éste es, éste es el hombre que muy a menudo oyes que se te ha permitido, Augusto César, linaje del dios, que fundará los dorados siglos de nuevo en el Lacio, por los campos que antaño gobernará Saturno, y llevará su imperio sobre los Garamantes
790	y los Indos; su tierra se extiende más allá de las estrellas, allende los caminos del año y el sol, donde Atlas portador del cielo tuerce sobre su hombro el eje tachonado de ardientes estrellas. Ya ahora ante su llegada se horrorizan los reinos caspios con las respuestas de los dioses y la tierra Meotia,
795	y se perturban las siete bocas temblorosas del Nilo.  IV.1.3 <i>Eneida XII.888-952</i> (desenlace del combate entre Turno y Eneas)
	Eneas ataca por contra y el arma blande enorme arbórea, y así habla en su cruel pecho: "¿Qué demora hay ahora, además? ¿O por qué ya, Turno, retrocedes?
890	No a la carrera, se ha de luchar de cerca con las crueles armas. Conviértete en cualquier apariencia y atráete cualquier cosa con la que o por tu ánimo o por tu habilidad tengas fuerzas; elige con tus alas seguir los altos astros o esconderte oculto en la hueca tierra."
895	Aquél su cabeza agitando: "No me asustan tus encendidas palabras, fiero; los dioses me asustan y Júpiter hostil." no hablando más ve una enorme roca, una roca antigua, enorme que yacía casualmente en el campo, puesta como linde para el campo para evitar las disputas por las tierras. Apenas doce elegidos la elevarían del cuello
900	cuales cuerpos de hombres ahora produce la tierra; Aquél la lanzaba contra su enemigo cogida con mano temblorosa levantándola el héroe bien alto y lanzado a la carrera.  Pero ni se conoce a él corriendo ni a él marchando ni al que levantaba y movía la enorme roca con su mano;
905	las rodillas se resbalan y su fría sangre se cuaja de frío. La propia piedra del hombre, rodando por el aire vacío, ni recorrió todo el espacio ni llevó golpe. Y como en sueños, cuando cerró los ojos la lánguida
910	quietud en la noche, en vano alargar la impaciente carrera parecemos querer y en medio de los intentos del angustioso sucumbimos; la lengua no tiene fuerza, ni las fuerzas conocidas en el cuerpo bastan ni la voz o las palabras le siguen:  Así a Turno, a donde quiera que buscó un camino con su valor
915	la cruel diosa le niega el éxito. Entonces en su pecho pensamientos varios se revuelven; mira a los Rútulos y la ciudad y duda con miedo y tiembla perseguir la muerte,

y no dónde escaparse, ni con qué fuerza dirigirse al enemigo ni ve en ningún lado el carro o a su hermana, el auriga. Eneas blande la funesta arma contra el que duda, 920 eligiendo la fortuna con sus ojos y con todo su cuerpo de lejos (la) arroja. Nunca lanzadas por una máquina de asalto a la muralla así las piedras resuenan ni con un rayo tan grande estallan los chasquidos. Vuela como negro torbellino llevando la lanza la dura muerte y rompe los filos 925 de la coraza y las puntas últimas del escudo de siete (capas); Por medio del fémur rechinando atraviesa. Cae del golpe el enorme Turno a tierra, dobladas las rodillas. Se levantan los Rútulos con gemido y gime todo el monte alrededor y la voz a lo ancho los bosques profundos devuelven. 930 Aquél, suplicante, sus ojos en tierra y su diestra rogando tendiendo hacia arriba "En verdad lo merecí y no suplico;" dice "haz uso de tu suerte. Si de tu padre desgraciado alguna preocupación puede conmoverte, te ruego (fue también para ti tal padre Anquises) que te compadezcas de la vejez de Dauno 935 y a mí, o si mi cuerpo privado de luz prefieres, devúelveme a los míos. Venciste y que vencido tiendo las manos los Ausonios vieron; Lavinia es tu esposa, no dirijas más lejos tus odios." Se paró aguerrido en armas Eneas volviendo los ojos y su diestra reprimió; 940 y ya y ya más las palabras habían comenzado a doblegar al que dudaba, cuando apareció por encima del hombro el desgraciado tahalí y refulgieron los cinturones gracias a los botones conocidos del joven Palante, a quien, vencido por una herida, Turno había derribado y sobre sus hombros las enseñas enemigas llevaba. 945 Aquél, después de que en sus ojos los recuerdos del cruel dolor y los despojos se clavó, encendido por la furia y la ira (él) terrible "¿Acaso tú, de aquí, vestido con los espolios de los míos, te escaparás de mí? Palante a ti con esta herida, Palante te inmola y toma venganza de tu criminal sangre." 950 Esto diciendo el hierro bajo el pecho adversario esconde enardecido; y se le liberan del frío sus miembros y la vida con un gemido huye indignada bajo las sombras.

#### IV.2.- Lucano: Farsalia

IV.2.1.- Farsalia I.1-55 (temática de la guerra civil y elogio de Nerón)

de donde viene Titán y en donde la noche esconde las estrellas,

Guerras más que civiles a través de las llanuras de Ematia y el derecho concedido al crimen cantamos, y un pueblo poderoso que, con su diestra victoriosa, se revolvió contra sus propias entrañas; y la batalla entre tropas unidas por la misma sangre y, rota la alianza, 5 lo combatido entre todas las fuerzas armadas, privadas de que se hubiese agitado el poder real, hacia un crimen común; y estandartes que salen al paso de estandartes hostiles, iguales insignias de las legiones y venablos que amenazan a venablos. ¿Qué locura, oh ciudadanos, qué desenfreno tan grande es ése que soportamos? ¿El de ofrecer la sangre derramada latina a pueblos odiosos? 10 Y, cuando había de ser despojada la soberbia Babilonia de los trofeos ausonios y al andar errante Craso en sombra no vengada, ¿os pareció bien hacer unas guerras que no iban a tener ningún triunfo? ¡Ay, cuánto de tierra y de piélago pudo adquirirse con esta sangre que sacaron las diestras civiles, 15

y por donde el mediodía se alza en llamas en horas ardientes y por donde el rígido invierno, incapaz de derretirse con la primavera, amarra con el frío de Escitia un mar glacial! Ya hubieran ido bajo el yugo los seres, ya el bárbaro Araxes y el pueblo, si está situado alguno allí, conocedor del nacimiento del Nilo. 20 Entonces, si amor tan grande tienes, Roma, por una guerra nefanda, aunque hayas enviado el orbe entero bajo las leyes latinas, vuelve tus manos contra ti: aún no te ha faltado enemigo. Ahora, en cambio, el hecho es que penden las murallas de techos medio arruinados 25 en las ciudades de Italia; y rocas enormes yacen al pie de las murallas caídas, y ningún guarda ocupa las casas, y poco número de habitantes anda errante en las antiguas ciudades; el hecho es que Hesperia está erizada de zarzas y sin arar durante muchos años, y faltan manos que reclamen los campos de sembrado. 30 No serás tú, intrépido Pirro, ni será Aníbal el responsable de tan grandes desastres: a ningún hierro le ha tocado descender profundamente; las heridas profundas permanecen de la diestra del ciudadano. Pero si los hados no encontraron otra vía para la llegada de Nerón, y en mucho los dioses aspiran al trono eterno, 35 y el cielo pudo servir a su Tonante solamente después de las guerras de los enfurecidos Gigantes, ya nada, ¡oh dioses del cielo!, nos quejamos. Los mismísimos crímenes y la impiedad causan placer con este salario. Ya puede Farsalia llenar sus llanuras siniestras, y los manes cartagineses saciarse con sangre; 40 los últimos combates pueden ya acudir en la funesta Munda. A estos hados pueden añadirse César, el hambre de Perusa y las fatigas de Mútina, así como las flotas que aprieta la áspera Léucade, y las guerras serviles al pie del ardiente Etna. Con todo, Roma debe mucho a las armas civiles porque se ha tratado del interés de tu llegada. Cuando, acabada tu parada en la tierra, 45 te dirijas tardío a los astros, la residencia real del cielo que hayas preferido te recibirá en medio de la alegría de la bóveda celeste. Ya si te complace sujetar el cetro, ya si te complace subir a los carros inflamados de Febo e iluminar con el fuego errante la Tierra, que no teme nada ante el cambio de sol, 50 toda divinidad te cederá su puesto, y la naturaleza de tu propio derecho dejará cuál dios quieres ser, en dónde poner tu reinado sobre el universo. Pero ni habrás escogido el asiento que tienes en el Círculo Ártico ni por donde se inclina el cálido polo del austro que está al lado opuesto, de donde verías a tu querida Roma con astro oblicuo.

## III.- Textos de la Lírica:

## III.1.- Catulo: Poesías

III.1.1.- Carmina 2, 5, 8, 51, 83, 85 y 87 (Catulo y Lesbia)

## 2.- El pajarito de Lesbia

Pajarito, delicia de mi amada, con quien suele jugar y tener en su regazo, y a quien, inquieto, ofrece la yema de sus dedos para incitarle a agudos picotazos, cuando, en su intensa nostalgia de mí, le agrada entregarse a no sé qué pasatiempo para consolarse, imagino, de su dolor, cuando se calma su profunda pasión: poder jugar contigo, como ella hace, y aliviar las tristes cuitas de mi alma sería para mí tan agradable como dicen fue para la veloz doncella la manzana de oro que le aflojó el cinturón largo tiempo ceñido.

## 5.- Besos para Catulo

Vivamos, querida Lesbia, y ámemonos, y las habladurías de los viejos puritanos nos importen todas un bledo.

Los soles pueden salir y ponerse; nosotros, tan pronto acabe nuestra efímera vida, tendremos que vivir una noche sin fin.

Dame mil besos, después cien, luego otros mil, luego otros cien, después hasta dos mil, después otra vez cien; luego, cuando lleguemos a muchos miles, perderemos la cuenta para ignorarla y para que ningún malvado pueda dañarnos, cuando se entere del total de nuestros besos.

## 8.- Renuncia de amor

Desgraciado Catulo, deja de hacer tonterías, y lo que ves perdido, dalo por perdido. Brillaron una vez para ti soles luminosos, cuando ibas a donde te llevaba tu amada, querida por ti como no lo será ninguna. Entonces se sucedían escenas divertidas, que tú buscabas y tu amada no rehusaba. Brillaron de verdad para tí soles luminosos. Ahora ella ya no quiere; tú, no seas débil, tampoco, ni sigas sus pasos ni vivas desgraciado, sino endurece tu corazón y mantente firme. ¡Adiós, amor! Ya Catulo se mantiene firme: va no te cortejará ni te buscará contra tu voluntad. Pero tú lo sentirás, cuando nadie te corteje. ¡Malvada, ay de ti! ¡Qué vida te esperal! ¿Quién se te acercará ahora? ¿Quién te verá hermosa? ¿De quién te enamorarás? ¿De quién se dirá que eres? ¿A quién besarás? ¿Los labios de quién morderás? Pero tú, Catulo, resuelto, mantente firme.

## 51.- Flechazo

Aquél me parece igual a un dios, aquél, si es posible, superior a los dioses, quien sentado frente a ti sin cesar te contempla y oye tu dulce sonrisa; ello trastorna, desgraciado de mí, todos mis sentidos: en cuanto te miro, Lesbia, mi garganta queda sin voz,

mi lengua se paraliza, sutil llama recorre mis miembros, los dos oídos me zumban con su propio tintineo y una doble noche cubre mis ojos.

El ocio, Catulo, no te conviene, con el ocio te apasionas y excitas demasiado:

con el ocio te apasionas y excitas demasiado: el ocio arruinó antes a reyes y ciudades florecientes.

83.- Ceguera del marido

Lesbia me maldice en presencia de su marido:
esto produce al idiota un gran placer.

Burro, ¿no te das cuenta? Si, olvidada de mí, callara,
estará curada: el que ahora gruña y hable indica
no sólo que se acuerda de mí, sino que, y es mucho más
grave,
está enojada, es decir, que se abrasa y por eso habla.

# 85.- Amor y odio

Odio y amo. ¿Por qué es así, me preguntas? No lo sé, pero siento que es así y me atormento.

# 87.- El amor de Catulo

Ninguna mujer puede decir que ha sido tan sinceramente querida como Lesbia lo ha sido por mí.

Ningún pacto fue jamás respetado con una lealtad tan grande

como la que yo he mantenido en mi amor hacia ti.

5

15

20

## III.2.- Horacio, Carmina

## III.2.1.- Carmina I.11 (tópico del carpe diem)

## *I-11*

No quieras saber, pues ello nos está vedado, qué fin para mí y para ti han señalado los dioses, Liconoe, ni los babilonios cálculos interrogues. ¡Cuánto mejor sufrir cualquier cosa que sea! Ora Júpiter te conceda más de un invierno, ora sea éste el último que ahora quebranta contra los acantilados de desgastadas rocas, el mar Tirreno, sé prudente, filtra tus vinos y, ya que la vida es corta, ajusta esperanza larga. Mientras hablamos, el tiempo celoso huyó. Atiende al día presente y no te fies lo más mínimo del porvenir.

## III.2.1.- Carmina II.14 (tópico del tempus fugit)

## II-14

¡Ay, ay!, fugaces, Póstumo, Póstumo, se van los años; y ni el ser piadosos detendrá las rugas, la instante senectud, y la indomada muerte.

5 Ni con trescientos toros cada día aplacas a Plutón, seco de lágrimas, el que a Gerión triforme ciñe y a Ticio con las fúnebres ondas.

Todos sin duda, amigo, los que usamos

los dones de la tierra, en tales ondas navegaremos; ora reyes, ora pobres fuéremos labriegos.

Vano será evitar al cruento Marte, y al Adria ronco y sus quebradas olas; en vano en otoño, miedosos,

del austro defendemos el cuerpo. Hemos de ver el Cócito sombrío, su languidez errante, y a la infame raza de Dánao, y a Sísifo

a largos trabajos condenado. Dejamos tierra, y casa, y placentera mujer, y de los árboles que cuidas sólo el ciprés aborrecible irá con su dueño transitorio.

25 Muy más juicioso, tu heredero bebe el Cécubo que guardas con cien llaves, y tiñe el suelo con el vino que envidian las cenas del pontífice.

## III.2.1.- Epodes 2 (tópico del beatus ille)

"Feliz aquel que lejos de negocios,
como la raza antigua de los mortales,
los campos paternos trabaja con sus bueyes
libre de toda renta
ni soldado es levantado por la cruel trompeta
ni le asusta el airado mar
y el foro evitaevita o los soberbios umbrales
de los ciudadanos poderosos.
Pues, o al maduro sarmiento de las vides
ata altos álamos

5

10

o en el alejado valle vigila los errantes rebaños de mugidores y talando las inútiles ramas con el calabozo injerta más productivas 15 o guarda la miel rebañada en limpias ánforas o trasquila las enfermas ovejas. o cuando las copas adornadas de frutos maduros el otoño en el campo produjo. cómo goza recolectando las peras injertadas 20 y la uva que disputa a la púrpua con la que regalarte a ti, Príapo, y a ti, padre Silvano, guardián de las lindes. Ya le place acostarse bajo una antigua encina, ya en la enraizada yerba: 25 caen entretanto desde las altas riberas las aguas, se quejan en los bosques las aves y las frondas sonoran con las aguas que manan, cosa que invita al ligero sueño. Pero cuando la época invernal del tonante Júpiter 30 procura las lluvias y las nieves, o con una gran jauría de aquí y allí empuja a los irascibles jabalíes hacia las trampas cazadoras o con ligera estaca extiende las redes de malla ancha, trampas para los voraces tordos 35 y la tímida liebre y la grulla forastera con el lazo captura, premios placenteros. ¿Quién no se olvida de los males, atenciones que el amor tiene, entre estos bienes? ¡Cuánto si la púdica esposa colabora por su parte 40 en la casa y en los dulces hijos, cual Sabina o la muy quemada por los soles esposa del infatigable apulio levanta el fuego sagrado con leña envejecida a la llegada del esposo cansado 45 y encerrando en las entretejidas zarzas el fértil ganado vacía las hinchadas ubres y sacando vino del año de la dulce tinaja prepara manjares no comprados! No me gustarían más las ostras lucrinas 50 o el rodaballo o los escaros. si la tormeta atronadora por las olas de oriente los volviera para este mar; no descenderá a mi vientre el ave africana no el francolín jónico 55 más gustosos que la aceituna cogida de las ramas más cargadas de los árboles o la hierba de la acedera que ama los prados o las malvas saludables para el cuerpo enfermo o la cordera sacrificada en las fiestas Terminales 60 o el cabrito quitado al lobo. ¡Cómo agrada entre estos banquetes ver a las ovejas apacentadas apresurarse a casa, ver a los cansados bueyes trayendo vuelto el arado sobre sus fatigados cuellos 65 y a los esclavos, enjambre de casa rica, puestos en torno al refulgente Lar." Cuando, tras decir esto el usurero Alfio,

que ya, ya iba a ser campesino, recobró todo su dinero en los idus, busca en las Kalendas... prestarlo.

#### III.3.- Ovidio, Carmina

70

III.3.1.- Amores I.3 (promesa de fidelidad eterna, servitium amoris)

(Ovidio se ofrece a la mujer que ama en demanda de amor. Le promete fidelidad y le asegura que, gracias a sus versos, gozará de igual eterno renombre que Ío, Leda y Europa.)

Justo es lo que pido: que me ame la joven que recientemente me ha cautivado, o que me dé motivos para que yo la ame siempre. ¡Ah! ¡he pedido demasiado!: ¡que tan sólo me permita amarla! ¡Ojalá Citerea haya escuchado tantas plegarias mías! Aquí tienes a alguien que será tu esclavo durante largos años; aquí tienes a alguien que sabrá amar con fe sincera.

Aunque no cuento con el apoyo de nombres famosos de antiguos antepasados y el fundador de mi estirpe no era sino caballero, aunque mis fincas no son labradas año tras año por arados sin cuento y mis padres moderan ambos sus gastos con parquedad, Febo, por lo menos, las nueve hermanas, sus compañeras y el inventor de la vid me ayudan en esta empresa, y el Amor que me entrega a ti, y mi fidelidad, que no sucumbirá ante ninguna otra mujer; y con ellos mis costumbres sin tacha, la desnuda sencillez y el ruboroso pudor.

No me gustan mil mujeres, no soy un tornadizo en el amor. Tú serás, créeme, mi eterno desvelo. ¡Ojalá me toque en suerte vivir contigo todos los años que me concedan los hilos de las hemanas y morir a tu lado, mientras sufres por mi!

Ofrécete a mí como argumento fecundo para mis versos: surgirán versos dignos de quien los inspira. A la poesía debe su fama Ío, la que se asustó de sus cuernos y aquella a la que, sobre el mar, montada en un toro fingido, se agarró con su mano virginal a los retorcidos cuernos. También nosotros seremos cantados por el mundo entero, junto los dos, y mi nombre estará siempre unido al tuyo.

## III.3.2.- Metamorfosis I.452-567 (Apolo y Dafne)

El primer amor de Apolo fue Dafne, la hija del río Peneo, y no fue producto del ciego azar, sino de la violenta cólera de Cupido. A éste lo había visto Apolo, orgulloso de su victoria sobre la serpiente, en el momento en que Cupido doblaba los extremos de su arco tirando de la cuerda, y le dijo: "¿Qué tienes tú que ver, niño retozón, con las armas de los valientes? Llevar esa carga me cuadra a mí, que sé dirigir golpes infalibles a una fiera o a un enemigo, que hace poco he tendido por tierra, hinchada por mis innúmeras flechas, a Pitón, la alimaña que con su vientre venenoso oprimía tantas yugadas de tierra. Tú conténtate con estimular con tu antorcha no sé qué pasíones amorosas, y no trates de aspirar a la gloria que me es propia." A lo que respondió el hijo de Venus: "Aunque tu arco atraviese todo lo demás, el mío te va a atravesar a ti, y en la misma medida en que todos los animales son inferiores a la divinidad, otro tanto es menor tu gloria que la mía".

Dijo, y batiendo las alas se abrió camino por los aires y fue raudo a detenerse en la sombreada cima del Parnaso, donde sacó de su aljaba portadora de flechas dos dardos de diferente efecto; el uno hace huir al amor, el otro lo produce. El que lo produce es de oro, y resplandece su afilada punta, el que lo hace huir es romo y tiene la caña guarnecida de plomo. Éste fue el que clavó el dios en la ninfa hija del río Peneo, mientras que con el otro hirió hasta la médula a Apolo después de atravesarle los huesos. En el acto queda el uno enamorado, huye la otra hasta del nombre del amor, y se complace en las espesuras de las selvas y en los despojos de las fieras que cautiva, émula de la virginal Diana; una cinta sujetaba sus cabellos abandonados en desorden. Muchos la pretendieron, pero ella rechaza a sus pretendientes y, libre de marido al que no soportaría, recorre los parajes más solitarios de los bosques y desdeña enterarse de lo que es el Himeneo, el Amor o el lazo conyugal. Muchas veces le dijo su padre: "Un yerno me debes, hija". Muchas veces le dijo su padre: "Me debes nietos, hija mía". Ella, que odiaba como un crimen las antorchas nupciales, mostraba su bello rostro teñido de avergonzado rubor y, en los brazos acariciantes de su padre y colgada de su cuello, le decía: "Concédeme, padre mío querido, poder disfrutar de una virginidad perpetua; también a Diana se lo concedió su padre." Él desde luego atendió a sus ruegos.

Pero a ti tu mismo atractivo te impide lograr lo que deseas, y tu hermosura se opone a tus anhelos. Apolo está enamorado, ha visto a Dafne y ansía unirse a ella; lo que ansía, espera conseguirlo, y le engañan sus propios oráculos. Y como arden las pajas livianas una vez despojadas de las espigas, como se incendian los cercados por las antorchas que acaso un viandante ha acercado en demasía o abandonado al aproximarse el día, así se encendió en llamas el dios, así se quemaba su corazón entero y con sus esperanzas alimentaba un amor estéril. Advierte que sus cabellos le caen por el cuello sin aliño y se dice: "¿Y si se los peinara?" Ve sus ojos que resplandecen como ascuas y semejantes a

estrellas, ve su boca, que no basta con ver; se extasía con sus dedos y manos, con sus brazos y con sus antebrazos desnudos en más de la mitad; y las partes ocultas las supone mejores aún. Pero ella huye más veloz que la brisa ligera, y no se detiene a estas palabras con que él la llama: "Ninfa, por favor, Peneide, deténte, no soy un enemigo que te persigo; detente, ninfa. Así huye la cordera del lobo, así la cierva del león, así las palomas, con las alas revoloteando, del águila, cada una de sus enemigos; el amor es el motivo que tengo para seguirte. ¡Desgraciado de mí! No vayas a caerte de bruces, no vayan las zarzas a señalar tus piernas que no merecen ser heridas, y no vaya yo a ser causante de tu dolor. Son fragosos los parajes por donde te precipitas; no corras tanto, yo te lo pido, y modera tu huida; también yo te seguiré más despacio. Pero entérate de a quién gustas; no es un habitante del monte, no soy un pastor, no un ser repelente que guarde aquí vacas o rebaños de ovejas. No sabes, temeraria, no sabes de quién huyes, y por eso huyes. A mí me obedecen como esclavas la tierra de Delfos y Claros y Ténedos y la residencia real de Pátara; Júpiter es mi padre, por mediación mía se revela tanto lo que será como lo que ha sido y lo que es; gracias a mí suena el canto en armonía con las cuerdas. Infalible es mi flecha, desde luego, pero hay una que lo es aún más que la mía, y que ha causado una herida en mi corazón antes intacto. Invento mío es la medicina, en todo el mundo se me llama auxiliador, y el poder de las hierbas me está sometido. ¡Ay de mí, porque ninguna hierba es capaz de curar el amor; y no sirven de nada a su señor las artes que sirven a todos los demás!"

Aún iba a seguir hablando cuando la Penea huyó a la carrera, despavorida, y al abandonarlo dejándolo con la palabra en la boca, aún entonces le pareció agraciada; el viento le descubría las formas, las brisas que se le enfrentaban agitaban sus ropas al choque, y un aura suave le empujaba hacia atrás los cabellos; con la huida aumentaba su belleza. Pero el joven dios no puede soportar por más tiempo dirigirle en vano palabras acariciantes, y, obedeciendo a los consejos de su mismo amor, sigue sus huellas en carrera desenfrenada. Cuando un perro de las Galias ha visto a una liebre en campo abierto, mientras él busca el botín con la ligereza de sus patas, la liebre busca la vida; el uno parece que va a hacer presa, espera conseguirlo de un momento a otro y con el hocico tendido va rozando las huellas, la otra está en la incertidumbre sobre si estará ya apresada, se arranca de las fauces mismas de su perseguidor y deja atrás el hocico que ya la tocaba; así corren veloces el dios y la muchacha, él por la esperanza, ella por el temor. Sin embargo el perseguidor, ayudado por las alas del amor, es más rápido, se niega el descanso, acosa la espalda de la fugitiva y echa su aliento sobre los cabellos de ella que le ondean sobre el cuello. Agotadas sus fuerzas, palideció; vencida por la fatiga de tan acelerada huida, mira a las aguas del Peneo y dice: "Socórreme, padre, si los ríos tenéis un poder divino, destruye, cambiándola, esta figura por la que he gustado en demasía".

Apenas acabó su plegaria cuando un pesado entorpecimiento se apodera de sus miembros; sus suaves formas van siendo envueltas por una delgada corteza, sus cabellos crecen transformándose en hojas, en ramas sus brazos; sus pies un momento antes tan veloces quedan inmovilizados en raíces fijas; una arbórea copa posee el lugar de su cabeza; su esplendente belleza es lo único que de ella queda. Aún así sigue Apolo amándola, y apoyando su mano en el tronco percibe cómo tiembla aún su pecho por debajo de la corteza reciente, y estrechando en sus brazos las ramas, como si aún fueran miembros, besa la madera; pero la madera huye de sus besos. Y el dios le habla así: "Está bien, puesto que ya no puedes ser mi esposa, al menos serás mi árbol; siempre te tendrán mi cabellera, mi cítara, mi aljaba; tú acompañarás a los caudillos alegres cuando alegre voz entone el Triunfo y visiten el Capitolio los largos desfiles. También tú te erguirás ante la puerta de la mansión de Augusto, como guardián fidelísimo, protegiendo la corona de encina situada entre ambos quicios; y del mismo modo que mi cabeza permanece siempre juvenil con su cabellera intacta, lleva tú también perpetuamente el ornamento de las hojas." Terminó de hablar Apolo; el laurel asintió con sus ramas recién hechas, y parecía que, como cabeza, agitaba su copa.